

REVISTA GRAFICA



TOS, CATARROS, INSOMNIO
JARABE del **DOCTOR FORGET** de **PARIS**
Calma los Dolores Prescripto por los Medicos.
REHUSAR TODA IMITACION
Exigir la Paja roja en estos idiomas.
EN TODAS LAS BOTICAS

SIROP

DEPURATIVO VEGETAL

Jarabe
doctor

CHABLE

EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE

Se vende en Farmacias y Droguerías

Aberdeen

Sastre
Escocés

1, rue Auber

5, b. Malesherbes

PARÍS

Casa fundada en 1881

El mayor surtido
en paños ingleses
y escoceses

Especialidad en Homespuns



Marcador ATLAS

para todas las máquinas de imprimir

No tiene cordón y se aplica á todos los sistemas de máquinas. Velocidad ilimitada. Ajuste perfecto. REVISTA GRAFICA está tirada con este marcador.

Otra especialidad de la casa Atlas: Máquinas para fabricar sobres.

Talleres del Atlas:

4, Passage de l'Atlas, Paris

CATARROS
antiguos
y
recientes

TOS, BRONQUITIS
radicalmente **CURADAS**
POR LA

SOLUCION
PAUTAUBERGE

que procura **Pulmones robustos**,
despierta el **Apetito**, aumenta
las **Fuerzas**, seca las **Secreciones**
y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

REVISTA GRÁFICA

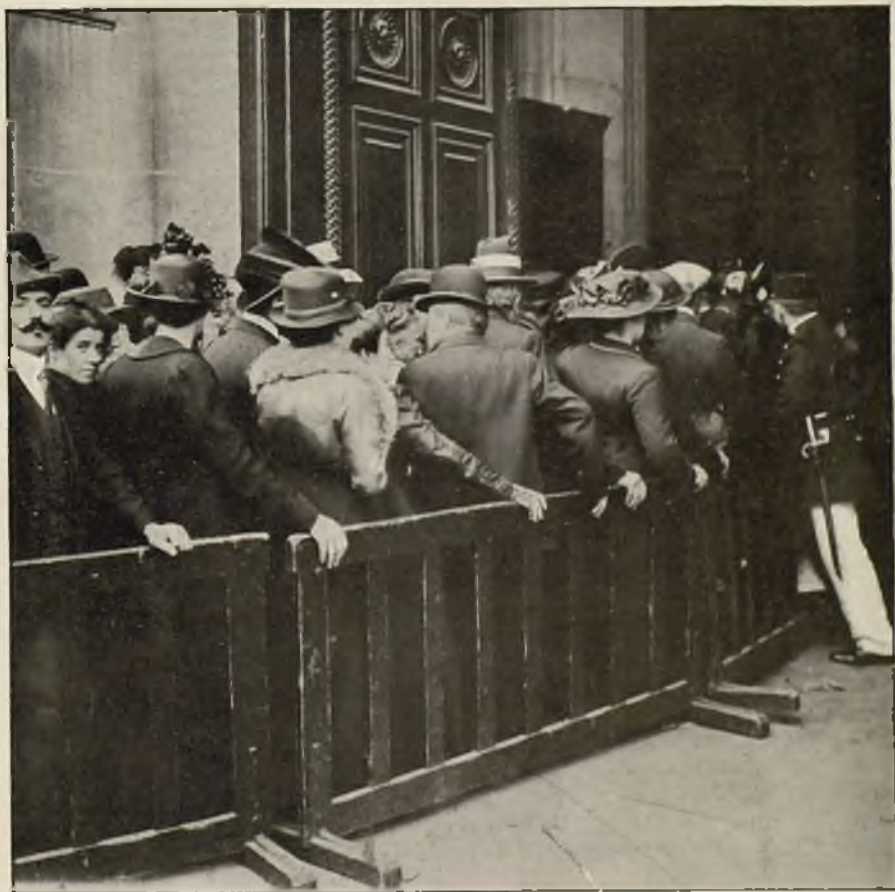
PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2
15 Julio 1914
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ
222. Boulevard Saint-Germain, París Teléfono 757-90
Sucursal, 471 - Calle de Sarmiento, Buenos Aires

N.º 26
Suscripción
20 francos
por año

EL CRÉDITO DE FRANCIA



Los periódicos habían difundido el rumor de que el nuevo empréstito francés no sería cubierto y que el crédito del « Banquero del mundo » estaba agotado. Pero, afortunadamente, y como prueba de la gran riqueza de Francia, el empréstito de 900 millones de francos ha sido cubierto 40 veces. ¡ Y la gente hacía cola en los ventanillos para adquirir « obligaciones » !



¡ Al agua, patos !

No es elegante, no es *chic* pasar el verano en donde se ha vivido el invierno. Quédesse tal ordinariiez para las personas de poco más ó menos, que no mudan de traje en todo el día, ignorando que cada hora que pasa lleva en sí el imperativo categórico de una substitución de terno.

¿Que este verano no es caluroso? ¿Y qué? Porque la Naturaleza se empeña en cambiar las estaciones y en estropear la tem-

porada, ¿van á quedarse en el ropero los clásicos trajes de playa? No, señor; de ninguna manera. La moda es ir con traje leve desde junio á septiembre, y así cayeran chuzos de punta y helase como en el Polo, ningún elegante que se estime osaría trastocar las leyes del vestir, más inflexibles que la gravitación universal, descubierta por un hombre que no tuvo más que dos trajes en su vida.

— A mí no me hable usted de equino-



cios, decía un petimetre días pasados. Á mi hay que hablarme de un sastre de talento.

No se ha conocido, pues, disminución alguna en el número de los excursionistas veraniegos. Se han ido de París los de todos los años, el mismo día, á la misma

hora, con idéntico traje, sin otra novedad que la de ir estornuando por el camino.

Inútilmente el viento huracanado, la lluvia y todos los demás fenómenos meteorológicos desagradables, se dan cita este año sobre las playas con el único objeto de molestar al bañista. Pero el



rayo, el trueno, el granizo y la lluvia se estreñan ante el *water proof*, el *macpherland* y el *smocking*, que, por tener nombres ingleses,

bastan para desafiar los elementos.

Ya me parece ver — porque yo soy de los que se quedan en París — el mar rugiente, indignado de que no se le tema, lanzar un escuadrón de olas al asalto de la playa. Llevan orden expresa de ahogar á cuantos



tengan siquiera medio cuerpo en los dominios de Neptuno. Y también me parece contemplar la despectiva sonrisa de damas y galanes, al ver que el asalto se

estrella contra la arena de la playa, y las espantosas oleadas que amenazaban devorar la tierra corren mansas á lo largo de la orilla, convirtiendo en caricia lo que quiso ser un golpe fiero.

Contra la moda nada prevalece. Esta playa, que ayer fué encanto de bañistas, se halla desierta: ya no es de moda. Un poco más lejos, otra que era desconocida hace unos meses, desborda de animación y de alegría. ¿Por qué? Se ignora. Más lejos aún, en un sitio donde no hay vivienda humana, un empresario avisado levanta un casino, eje de toda playa, luego edifica un centenar de *chalets* de cartón-piedra, muy pintaditos, y planta algunos árboles en un sitio que pomposamente denomina *Gran Avenida*. Tan sólo falta una publicidad considerable para que la gente acuda como los vencejos al espejuelo, y deje en las garras del industrial sus ahorros de todo el año, si es que no tienen que dejar tam-

bién la ropa en prenda del hospedaje.

Aquí, en Francia, la gente *chic* no está en las playas sino durante el mes de julio y parte del de agosto. Después cambia el traje (¡pues no faltaba más!) y se va á la caza, dejando las playas á la clase media.

Ostende, Deauville, Trouville, Biarritz, París-Plage, son los lugares favoritos de los ricos. Tréport, Sables d'Olonne, Havre y varios puertecitos del departamento de Calvados, son los lugares preferidos por la clase media. Todos van al agua con el denuedo que el soldado al fuego. Haga ó no calor hay que ponerse en remojo, y si se atrapa un *pasmo*, ¡*tout pis!*!

Lo que no suelen hacer los bañistas, ricos ni pobres, es pasear por la noche junto al mar, contemplando la imponente masa líquida al fulgor de las estrellas, y ver cruzar, rompiendo la negrura del horizonte inmenso, la flecha luminosa del faro, semeiante á una gigantesca manecilla de reloj que marcasse el tiempo en su



LA PLAYA DE « BOULOGNE »

giro rápido é isócrono. Entonces, si aparece el mar en toda su majestad, se explica la impresión sublime que causa en nosotros. Es uno y múltiple.

Riente por la mañana, á las primeras luces del sol, pasa por las tonalidades del rosa, el azul y el verde, para llegar al ne-

gro intenso para la noche. Su cadencia monótona, que fué música á la luz del día, se convierte en rugido cuando el sol se oculta, y las que fueron blancas franjas de espuma se tornan amenazadoras oleadas que asaltan la tierra con fragor de trueno.

J. M.



LA PLAYA DE FÉCAMP



ACTUALIDADES



Llegada al Támesis del "L'Endurance", barco en que Sir Ernesto Shackleton realizará su próximo viaje á las regiones árticas.

El triunfo de Peary no ha desanimado á los sabios, que quieren resolver definitivamente los muchos problemas científicos ocultos por las montañas de hielo y defendidos por la muerte.

CHAMBERLAIN

El notable político inglés ha muerto. Desde hacia varios años no tomaba parte activa en la vida política de su país. Su nombre está unido á la guerra sud-americana. Sólo la historia podrá decirnos si no se equivocó.



Hemel bajó, que ha venido á Francia para asistir á las maniobras francesas y que en uno de sus discursos se consideraba feliz pudiendo transmitir á sus compañeros la impresión del gran poderío naval francés.

ENTIERRO DEL ARCHIDUQUE DE AUSTRIA

El Emperador Francisco José de Austria, saliendo de Palacio, después de la ceremonia fúnebre.



LAS SUFRAGISTAS FRANCESAS

Como en Inglaterra, pero en forma mucho más moderada, las feministas han ido en manifestación por las calles de París.



En las Tullerías, la multitud sigue simpáticamente la manifestación feminista, aplaudiendo su paso.



La presidencia de la manifestación feminista, parisiense, que por su cordura en la protesta ha sido muy bien recibida en cuantos lugares quiso presentarse.



En Guernesey, los ingleses, fraternamente mezclados con los franceses residentes en la isla, han inaugurado una estatua á Víctor Hugo. En este destierro el poeta forjó sus más hermosas páginas.

Los funcionarios del Estado francés han pedido el reposo de la tarde del sábado, es decir, lo que se llama la semana inglesa. He aquí una fotografía de la comisión de peticionarios.





PARIS EN VERANO

CADA año que pasa, los parisienses se aficianan más *ardientemente* á los viajes. Y es que, en general, aunque breve, el período de calor es insuportable en París, pues no existe la brisa salvadora que en Madrid refresca á la caída de la tarde ó por las noches.

El verano de 1914, en París, como en toda Francia, no ha sido muy caluroso exceptuando, como decía antes, ese breve período que irremediamente nos abru-

ma, quitándonos toda energía para el trabajo y dejándonos como un trapo. Anunciábase las tempestades, pero como siempre, se bailó de firme, en honor de la República, el día 14 de julio.

En esta fotografía, alrededor de una de las características fuentes de París, los bebedores de agua, ó, como dicen por broma los estudiantes, los bebedores de "protóxido de hidrógeno" ó de "óxido hídrico", se apretujan, esperando la vez.



Concurrentes al banquete ofrecido al Gobierno y á las mesas del Senado y del Congreso, por el comité de la Exposición de Industrias Eléctricas de Barcelona: Ministro de Estado, Sr. Lerroux, Presidente del Senado, Ministro de Fomento, Sr. Sánchez Toca, Representante del Ayuntamiento de Barcelona, Ministro de la Gobernación, Presidente del Consejo de Ministros, Senador Sr. Junoy, Ministro de la Guerra.



S. A. el Infante don Fernando de Baviera, con el Capitulo de la Orden de San Juan de Malta, saliendo de la festividad religiosa celebrada en la Iglesia del Sacramento.



Festival á beneficio de la Hospedería del Patrocinio, organizado por la Marquesa de la Mina, y en el que tomaron parte las más distinguidas jóvenes de la sociedad madrileña.



Aspecto de los Jardines del Retiro, durante el Festival Nocturno celebrado á beneficio de la Asociación de la Prensa madrileña



La condesa de Choteco, que ha sido asesinada en Sarateno, junto con su esposo, el heredero de la Corona de Austria, al querer defenderle, protegiéndole heroicamente con su cuerpo, sin temer alguno.



RECERRADA DEL GEMIO DE CARNES
La Presidencia. — Ya se ve que no fallaron los rostros lindos, y que los noveles toreros tenían admiradoras dignas de sus proezas.

Un accidente de la lidia.





Los «boy-scouts» españoles, ayudados en su laudable empresa por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, comienzan á disfrutar del respeto de todos, que ya comprenden la importancia de su papel. El general Luque, cariñosamente, accedió á visitar su campamento.



Una hamaca cubierta, para resguardarse de la lluvia. Cuando se hace vida de campo hay que aguzar el ingenio, si se quiere tener algunas comodidades.



Reunión en el Congreso para tratar de la campaña en pro del ingreso en la Real Academia Española de la extimia escritora, la Condesa de Pardo Bazán.



Apedreando una lahona para obligar á bajar el pan. Este procedimiento está «probado» y dió ya buenos resultados hace años en Madrid.



La distinguida escritora señora Carmen Charles, de «El Diario».

Las periodistas argentinas

Los grandes periódicos de la Argentina, representan bien, con su riqueza y esplendor, el espíritu de su pueblo, pujante y ostentoso, que gusta de presentarse con magnificencia ante el mundo.

Sin duda por eso, estos periódicos han sabido engalanar sus columnas con la colaboración de las más acreditadas firmas europeas, pagándolas á peso de pesos, aunque ninguna de las dos fuentes de su riqueza sea la parte literaria, sino los *remates* y las *sociales*.

Son ambas dos secciones hijas de las necesidades y de la vida del país. La indole de sus negocios financieros da gran importancia á esos anuncios de subastas, *remates*, que ocupan planas y planas enteras, que hacen gemir con su tiraje, esas soberbias máquinas, de construcción alemana ó yankee, que ellos enseñan con orgullo, como base de su poder.

Las *sociales* son algo semejante á «las revistas de sociedad» de nuestros periódicos. Pero en vez de ocupar una escasa parte, como entre nosotros, ocupan la parte de mayor interés.

Con esta sección han entrado en el periodismo militante las mujeres, dejando de ser meras colaboradoras: cronistas ó articulistas. Un grupo de *señoritas bien* (1) ejerce el reportage y lleva activa información de todo el movimiento de la vida social.

La misión es muy difícil. Las damas argentinas están acostumbradas á que la prensa dé cuenta de todos sus actos, por insignificantes que sean. El periódico ha de consignar las señoras que reciben, las que dan el te, las que pasean por Palermo y las que asisten á cada teatro.

En Madrid, por ejemplo, no ofrecería grandes dificultades este recuento, porque quedaria reducido á un par de docenas de damas aristocráticas que dan bailes y comidas; pero en la Argentina, donde el no haber esa aristocracia extiende los privilegios á una multitud de *señoras bien*, la labor es impropia.

He visto ir á estas amables compañe-

(1) La palabra *bien* significa en la Argentina familia distinguida, equivalente de nuestra aristocracia.



Doña Josefina Durbe Roulen, de «La Tribuna».

ras corriendo todo el día, detrás de sus informaciones, de teatro en teatro y de reunión en reunión, y luego no dejarlas descansar en su casa un momento.

El teléfono es implacable con ellas. — «Diga usted que he ido á la conferencia del doctor X...» — «No olvide decir que mis hijas están mejor de su tos.» — «Ha omitido usted mi nombre en la lista de las que asistieron ayer al Hipódromo.» —



Señora Benjamina Fernández, de «La Nación».

«Mi vestido no es de liberty, sino de charmeuse, no deje de rectificar.» — «Hable del collar de perlas que llevare esta noche á Colón.»

A pesar de hacer esta labor, muchas de las jóvenes periodistas se niegan á ir á la redacción, aunque muchas de ellas la frecuentan lo mismo que sus compañeros. Hay periodistas que pertenecen á la clase bien, pero que tienen una posición modesta y resuelven su vida con este trabajo, y hay otras que lo hacen por afición. Tuve lugar de leer una carta de una señorita al simpático y culto director de *Caras y Caretas*, ofreciéndole sus servicios. «Le extrañará á usted que yo, en mi posición, solicite esto — le decía; — no lo necesito para comer, pero sí para apostar en las carreras.»



Señorita Adelia di Carlo, Argentina.



Señora Delfina Molina



Señora Urbana Arigas de Priolo.



Señora Inés Nuñez Gandra, de «La Prensa».



Señora Leonor Toro Richard, de «La Nación».

Y si difícil es la labor de informarse, más difícil es la de escribir: el terreno de los periódicos se mide por centímetros; no pueden hacer una crónica ni una descripción de nada; tiene que ser una simple enumeración, escueta, cuidando de pesar los adjetivos.

«La elegante señora X... de liberty negro, encajes Chantilly, aderezo de esmeraldas». «Lindas señoritas de C... van vestidas crespón raso, encajes Venecia, collares de perlas».

Y así columnas y columnas.

Las damas las leen todas, y si se omitiera alguna sería una ofensa. De aquí la importancia que tiene para el periódico una buena cronista y que ésta tenga que estar habituada a la vida de sociedad y conocer a todo el mundo, y que se las vea en todas partes lápiz en ristre y cuartilla en mano.

Cierta vez una periodista, que no era del país, quiso hacer la crónica social a estilo europeo y hablando de una millonaria se le ocurrió decir: «Esta dama es muy distinguida y muy artista». Al día siguiente se vió obligada a rectificar: «yo no soy distinguida ni artista — escribía la dama ofendida al director del periodico, — yo soy una mujer honrada».

No se crea por esto que las damas argentinas son incultas. En su mayoría son interesantes, de buena imaginación y amantes de la cultura.

Es verdad que son algo ostentosas; tienen su especie de *Gotha* en un libro de familias bien, donde expresan sus días de recepción, pero se interesan en cultivar su espíritu y emprenden obras colectivas importantes, que pueden servir de modelo a algunas asociaciones feministas europeas.

He encontrado en la Argentina damas de cultura sólida, bien preparadas (1) y con un verdadero espíritu de artistas. Una de ellas, Dellina Molina y Bedia de Bastianini, descendiente de la

familia Mitre, es una doctora eminente en ciencias naturales, profesora del Liceo, escritora de talento, poetisa y creadora inspiradísima que al mismo tiempo es dechado de mujeres virtuosas, ejemplar madre de familia y amada esposa del profesor señor Bastianini.

Otra dama ilustre, la señora de Godoy, ha escrito poesías impregnadas de una gran ternura que revelan un temperamento exquisito.

Carmen B. Pandalopini, ha escrito una admirable oda a España; Urbana Arigas de Prilo, tan bella como inteligente, es una escritora de talento, y Josefina Durbe Routen, la batalladora y simpática redactora de *La Tribuna*, realiza campañas importantísimas inspiradas en el espíritu más liberal, para el progreso de su país, donde existen doctoras y pedagogas muy notables.

Entre las periodistas dedicadas a las sociales, recuerdo en primer lugar a la angelical Adelia di Carlo, con su gran corazón bondadoso, que escribe en *La Argentina* y *Caras y Caretas*; las simpáticas Inés Gandra de *La Prensa* y Nidia Paso de *La Razón*; Leonor Fardt Pridier y Benjamina Fernández de *La Nación*; Carmen Charles, de *El Diario* y la española María B. de Prado del *Diario Español*.

Todas ellas, animosas y valientes, obreras de la prensa, laboran con su ejemplo la dignificación y la emancipación de las mujeres del porvenir, sin que

lo espinoso de su empresa y á veces la mala acogida de ciertas gentes las hagan retroceder, en la seguridad de que en un día no lejano serán recompensadas de sus esfuerzos.

CARMEN
DE
BURGOS.
(Colombine)



Señora Nidia Paso, de «La Razón».

(1) Instruidas.



Albaizín.—Telar de «Seisdedos». (Patin-árabe)

ABEJAS Y FLORES

Los telares del Albaizín.

ZUMBIDO victorioso de colmena aleteó hace siglos sobre el Albaizín, y hoy apenas se percibe el eco, que música triste de suspiro tiene.

Del pasado fastuoso queda solamente la memoria, hilo de agua fresca, nunca agotado. Las ricas moradas de los árabes fueron derrumbándose; todavía en algún patio las ruinas de una arquitectura elegante y sutil, pregonan la opulencia de antaño. Pero ya no se oirán nunca los armoniosos ritmos de las leilas, ni unos labios de poeta recitarán, bajo la plata de la luna, las cásidas brillantes. Festines

y zambras callaron ante el empuje violento de los conquistadores. Enmudecieron los telares; silencio de tumba inundó las activas alfarerías. Villaespesa, como tantos otros poetas, lo ha llorado en estrofas vibrantes.

*Ya los tejedores no entonan cantares,
mientras tus telares
hilan las más ricas y frágiles sedas.
Mudas se quedaron tus alfarerías...
Tan sólo las brisas lloran elegías
entre los verdores de las alamedas.*

*El agua que en toda su frescor diluye
es lenta que eterno de tus ojos fluye,
llorando la antigua grandeza pasada...*

De tu poderío
ya no resta nada...
Tu gloria, Granada
pasó, como pasa bajo el puente, el río.
.....

La pasada grandeza.

El Albaizín es hoy un barrio de gente humilde. En algunas casas — muy pocas — gentiles granadinas bordan, tejen, suspiran, riegan las macetas de los balcones, y aguardan al novio. En otras, suena el fragor modesto de un telar.

Quedan contadas alfarerías. « La cerámica — declara el señor Seco de Lucena en su *Guía práctica y Artística de Granada* — ha perdido su histórico esplendor. Del tiempo de los árabes solamente nos queda la fabricación común de objetos de barro vidriado, que es de gran consumo entre

las clases humildes de la provincia; pero aun en este ramo limitadísimo se nota retroceso.

» La de filatura y tejidos de seda que, en tiempos de la dominación arábiga, alcanzó proporciones deslumbradoras, está hoy reducida á una fábrica particular... También hay en Granada dos ó tres telares para la fabricación de cinta, únicos restos de aquella gran industria sedera que en el siglo XV colocó el nombre de esta ciudad entre los más afamados por sus más ricos y suntuosos productos textiles...

» La fabricación de lonas y tejidos análogos de hilo y algodón conserva aún en Granada parte de su antigua preponderancia, especialmente por la solidez del artículo, que compite ventajosamente en calidad y precios con los de Cataluña.



ALBAIZÍN
He aquí el patio de otro telar.



ALBAIZÍN

Curiosa fotografía de una fábrica de capotes.

Hay tres ó cuatro fábricas en las que se han introducido todos los modernos adelantos de esta industria ».

El telar de « Seisdedos. »

Pero lo interesante en este barrio del Albaizín, continuamos nosotros, era ver un telar un poco primitivo, característico, modesto, sin ninguno de los modernos adelantos.

Y en una de nuestras encantadas correrías por el moruno dédalo de callejuelas en cuesta, encontramos lo que apelecíamos.

Fué en la calle del Agua, donde hay varias casas — como en Córdoba — pintadas suave y adorablemente de azul, de rosa, de verde.

Allí, en el número 28 vive un hombre, que pasó la cincuentena. Es bronceado su rostro. Habla con gravedad. Conoce los matices de la cortesía, porque está habituado á que pintores, fotógrafos y periodistas visiten su morada, que tiene un patio empedrado con guijas blancas y arabescos de negras; dos galerías ó corredores llenos de macetas, y un arco árabe, de atrevido arco.

Á esta casa — residencia antaño de algún moro rico — la llaman « Casa de las Palomas ». Tan poético nombre se debe á las palomas de madera que todavía existen en las ménsulas, entre los capiteles de las columnas y el techo de la galería baja.

El sol ilumina tan lindo patio tamizado por los pámpanos de una parra, que fué

desarrollándose sobre una cuadrícula espaciosa de alambres.

El dueño del telar se llama Miguel Ferrer, pero todo el barrio del Albaizín, donde este hombre nació, le conoce por *Seisdedos*, aludiendo á la deformidad física que padece en la mano izquierda.

Al entrar en la casa, tan limpia y silenciosa, experimentase una duradera impresión de paz. *Seisdedos* está sentado bajo la galería, cerca de la tinaja — pozo de agua corriente. Devana una madeja y fuma un cigarrillo.

Percíbese el rumor continuo y sordo de los telares; de pronto, asoma una granadina morena, de perfil agudo, con dos claveles en el aceitoso pelo, cerca de la nuca. Nos saluda, y al sonreír muestra la

blancura de sus dientes — que tal vez no se habrá cuidado de limpiar nunca. No es bonita, pero esparce por el patio el aroma, fuerte y sano, de su juventud, de su conformidad, de sus claveles...

En plena actividad.

Y *Seisdedos*, que nos dejó amablemente curiosos, nos pregunta si somos fotógrafos ó ingleses.

Le contestamos negativamente.

— Entonces, ¿no usó de eso que jasan cuadros á mano.

Sin saberlo, tal vez este hombre acaba de definir al novelista. Le contestamos que somos de los que « escribimos en los



ALBAIZÍN

Fotografía de una de las casas moriscas más típicas que hay en la población.

papeles de Madrid », y penetramos en el telar.

El granadino, tan elusivo como todos los de esta hermosa tierra, nos explica el trabajo de los cuatro hombres que vemos en pie, frente á una especie de bastidor, apoyados en unas palancas de madera.

Las mueven pisando alternativamente, á tiempo que con la mano derecha tiran de un cordel para hacer funcionar la lanzadera, y con la izquierda ponen en movimiento el carro que, simultáneamente, aprieta el tejido.

Parece, pues, que tienen la « tembladera » ó el mal de San Vito, porque esta operación se prolonga horas y horas.

El hombre hace funcionar la máquina en la forma ya dicha. Como se ve, la fuerza motriz es humana; el procedimiento sencillo y penoso. Así se fabrican en este telar lonas para toldos, colchones, alpargatas, telas para mecedoras, servilletas, cretonas, etc...

Naturalmente — y así lo reconoció nuestro amigo *Seisdedos* — los talleres movidos por el vapor ó la electricidad son más cómodos, útiles y productivos. Pero *Seisdedos* y sus diez ó doce operarios se ganan, aunque sudando más de lo debido, quizás, el pan de todos los días...

Las otras obreras del telar se dedican á operaciones preliminares, como tñlar las madejas, urdir las, hacer carretes ó canillas. La labor, por sencilla, es monótona. Sin embargo, estas mujeres y estos

hombres, que viven y morirán en el barrio más alegre del mundo, tienen la resignación, ya que su destino no les permitió tener la inventiva.

En el mismo Albaicín existen otros telares, humildes y activos como este.

Fabricanse en ellos lonas diversas; — ¡tanto se hacían para las velas de nuestros navios victoriosos! — mantas, bayetas y capotes.

Casi todos, establecidos en antiguas casas árabes, conservan restos del pasado esplendor: algún ajimez, un arco airosa, un artesonado prolijo, un brocal de mármol, un capitel que parece cosa de encaje, de espuma, de ensueño...

Y en casi todos, también se ven trabajando á las granadinas morenas, con sus claveles en el pelo, con la gloria de Granada en los ojos, formando grupos que el pintor de *Las Hilanderas* reproduciría, entusiasmado y complacido.

Eso es el Albaicín: una calle soleada, tortuosa, con un gallardo pino al fondo; una casa pintada de azul, con la reja y el balcón rebosantes de flores; un patio moruno dentro; y bajo la parra ó á la sombra de un naranjo, la mocita que hace girar una rueca, con la más envidiable y depurada de las resignaciones...

E. RAMÍREZ ANGEL.

Granada, junio de 1914.

Fotografías de « Martínez Rioabó. »



Devanaderas de un telar.

NOTABILIDADES COLOMBIANAS



D. Carlos E. Restrepo.
Presidente de Colombia.
1910-1914



General
D. Pedro
Nel Ospina.



General
D. Rafael
Uribe Uribe,
jefe del
partido
liberal
colombiano



Doctor
D. Ramón Arango.



Doctor
D. Nicolás Tie-
gner.



D. Marco Fidel
Suárez,
jefe del partido
conservador
colombiano.



D. Fidel Cano.



General
D. Jorge Holguín.



General
D. Lácides Segovia.



Doctor José Vicente Concha,
Presidente electo de Colom-
bia, que se encargará del
poder el 7 de agosto de 1914.

CUANDO la amenaza de espantosas guerras nos intranquiliza, distrayéndonos de nuestras ocupaciones y haciendo que el comercio y la industria tiendan a guardar su dinero, temerosos de perderle todo en los trastornos que tales cataclismos acarrearán; cuando en México y algunos otros puntos de América locas guerras, resultado de la ambición y falta de amor a la humanidad de unos cuantos, ensangrientan el suelo y lo arruinan, Colombia se nos presenta en un periodo de florecimiento envidiable. Convencida de los daños de la guerra, sus hombres políticos, con un amor patrio nunca bastante alabado, consagraronse al engrandecimiento de su patria, que tanto

sufrió, abandonando las rencillas personales; y así ocurre que, desde hace doce años, no se ha alterado la paz. Esta paz ha culminado con el notable y reciente suceso de haber contribuido a la elección del nuevo presidente, conservador, lo mismo que el saliente, señor Restrepo, los dos importantes y antagonistas partidos tradicionales colombianos, el liberal y el conservador, que volaron con el mayor entusiasmo, patriotismo y orden por el candidato nacional doctor José Vicente Concha, que tomará posesión de su elevado cargo el 7 de agosto del presente año, para ejercer durante un periodo constitucional de cuatro años.



METOPA DEL PARTENÓN
(Galería Nacional. — Londres)

Fidias y la escultura griega

La escultura es el arte griego por excelencia, porque Grecia, más que ningún otro pueblo, cultivó la belleza plástica hasta un límite no igualado. Elena, arreglando los pliegues de su túnica en el instante en que Polixena cae mortalmente herido sobre el sepulcro de Aquiles, es un símbolo del arte griego.

Las representaciones teatrales, los juegos solemnes y las fiestas religiosas contribuían grandemente á desarrollar el sentimiento de lo bello, así como los ejercicios gimnásticos y el vestido amplio que, modelando las líneas del cuerpo, facilitaba el estudio de la anatomía humana, ya que el respeto á la muerte prohibía, incluso á los médicos, hacer la disección de los cadáveres; pero, gracias á la cos-

lumbre de ver el ritmo de los movimientos, la escultura griega representa la forma humana con tal precisión, que se diría perdiera su inherente cualidad de estática, moviéndose. Un friso helénico es una danza armónica.

Otra de las características de los griegos es el haber sabido fundir la inspiración con la reflexión, cualidades al parecer antitéticas, y de cuya armonía surge la obra de arte. Así dijo Kant que « el entusiasmo es la más sublime manifestación de la razón ».

El pueblo griego cultivaba el arte por el arte — ¡cómo hoy! — porque el ciudadano se debía ante todo á la política y menoscababa su dignidad haciendo del arte su profesión, un medio de vida —

ii como hoy también!! — Fídias estaba excluido, porque su protector, Pericles, no era como los demás hombres y tenía un elevado concepto del arte. Fídias, sin embargo, como todos los que no son borregos de Panurgo, sufrió la mordedura del negro diente de la envidia.

Este artista, el más grande de Grecia, tenía forzosamente que ser objeto de la investigación de sabios y eruditos, y gracias á pacientísimos trabajos, buscando datos, compulsando documentos é interrogando á las piedras, se ha podido reconstruir la mayor parte de su vida; pero el primer dato, la fecha de su nacimiento, sólo se conoce de una manera aproximada.

Plinio dice únicamente que Fídias «floreció en la 83.ª olimpiada», es decir, hacia el año 448 antes de Jesucristo; Plutarco afirma que el artista se representó en el escudo de Minerva bajo la figura de «un viejo calvo», y como la Minerva, según Pilocloro, se hizo durante la 85.ª olimpiada, Emeric David dice que en esta época Fídias debía tener 58 ó 60 años, que es la edad que representa el «viejo calvo» de que habla Plutarco en su *Vida de Pericles*, y que, por lo tanto, el gran escultor debió nacer en el tercero ó cuarto año de la 70.ª olimpiada; pero el erudito alemán Muller, teniendo en cuenta que el Júpiter Olímpico lo hizo su autor hacia los 70 años de edad, deduce que éste vino al mundo en la 73.ª olimpiada, ó sea de 488 á 484 antes de J. C., es decir, unos diez ó doce años antes de lo que afirma David; mientras que otros biógrafos, como Collignon, colocan la fecha del nacimiento del artista entre los años 490 y 485, porque «en la época — dice — en que comienzan estos trabajos (los ejecutados por orden de Pericles), es decir, hacia el año 447, Fídias debía hallarse en toda la fuerza de la edad y del talento y gozaba de la autoridad que da un nombre ya célebre», y, por último, Beulé dice que nació al principio de las guerras médicas (año 426 antes de J. C.), pudiéndose afirmar que vió la luz entre los comienzos del siglo de Pericles, ó uno ó dos años después que Sófocles, en la época en que se representaban las primeras tragedias de Esquilo.

Como se ve por esta larga digresión, la fecha del nacimiento de Fídias es conjetural, y lo que se sabe de un modo cierto es que vivió en el siglo v antes de Jesucristo y que su padre se llamaba Charmi-

des, datos esculpidos en el pedestal del Júpiter. «Hecho por Fídias, hijo de Charmides, ateniense», decía la inscripción, de donde puede deducirse que su padre era también escultor, pues ya se sabe que los griegos tenían la costumbre de indicar el nombre de su padre en su firma, si era de la misma profesión.

Cuando el inmortal ateniense comenzó su carrera de escultor, el arte griego contaba ya con una historia gloriosa, pues durante el transcurso del siglo vi había pasado del Asia Menor á Grecia, manifestándose diversas tendencias en las escuelas ya formadas, entre las que sobresalían la jónica y la dórica.

A pesar de esta variedad, se ha acusado á los griegos de monotonía; pero tal apreciación, más aparente que real, es un producto del tiempo. A través de las épocas y de los siglos, sólo se ven los puntos comunes entre las escuelas, y entonces resalta la semejanza; pero, ahondando un poco, se comprende que lo que parece exclusivo del arte helénico es característico de todos los tiempos y de todas las tendencias. El arte contemporáneo, que diríase vario hasta la confusión, parecerá uniforme cuando los siglos hayan cerrado nuestros ojos y los de las primeras generaciones que nos sigan, y, sin embargo, nada estimamos tan opuesto como el realismo y el cubismo, por ejemplo. No olvidemos que el mismo pueblo que erigió el Partenón hizo las figurillas de Tanagra y la Venus de Milo.

La primera obra que se conoce de Fídias es una Atenea de oro y marfil, hecha por encargo de la ciudad de Pelena, para un templo dedicado á la diosa.

Este hecho hace suponer, ó que la reputación de Fídias empezaba á consolidarse, ó que su maestro, abrumado de encargos, transmitió el de los pelenios á su más aventajado discípulo.

La estatua de Minerva debía ser una obra considerable, porque Fídias, sabiendo que el marfil se agrieta con la sequía y que Pelena es una ciudad situada en lo alto de un cerro y expuesta al aire de las montañas de Arcadia, hizo construir debajo del pedestal un subterráneo que asegurase la constante frescura del ambiente, cuidados que demuestran que dicha estatua era una obra de importancia, pues sólo aplicó el mismo procedimiento de conservación al Júpiter Olímpico y á la Minerva del Partenón.



DETAILE DEL PARTENÓN
(Museo del Louvre. — París)

Fidias, como todos los griegos, adoraba á Minerva, la diosa inmortal que nació armada del cerebro de Júpiter como el sol sale tras del horizonte con todos sus rayos (Aristides), y á ella consagró gran parte de su talento privilegiado. Los mortales eran indignos de su cincel, que sólo esculpía dioses. Atenea ó Palas era la cristalización del pensamiento de Júpiter, el dios del cielo y de la tierra del paganismo.

« Todas las virtudes, todas las perfeccio-

nes que sugieren la idea de la inteligencia suprema, constituyen la diosa », dice Maury.

Á esta divinidad pagana, Fidias dedicó, aparte de las dos estatuas citadas, la del Partenón, la *Lamnieta*, así llamada porque fué consagrada por los habitantes de *Lamnos* en la Acrópolis de Atenas, la llamada *Ergané*, la que Plinio conoce por el nombre de la *Bella*, y dos más, ó sea ocho en total.



METOPA DEL PARTENÓN
(Galería Nacional. — Londres)

*
* *

La obra maestra entre las obras maestras de la escultura, el Partenón, fué comenzada en 447 y costó 2.000 talentos, es decir, más de nueve millones de pesetas, cantidad enorme para aquellos tiempos.

Pericles debió encargar á Fidias de su dirección, una vez empezada. Aquel hombre supo ver en el inmortal escultor al artista que necesitaba para realizar sus proyectos, al genio susceptible de hacer cristalizar los pensamientos que bullían en su mente de adorador de la belleza.

Sobre la llanura de la Acrópolis debía desarrollarse un espectáculo sublime, allá por el promedio del siglo V antes de nuestra era.

Bajo la alta inspección de Fidias, una multitud de obreros trabajaban el már-

mol, las maderas de ciprés y de ébano, el oro, el marfil, ricos elementos que habían de integrar el templo más formidable que tuvieron los dioses del paganismo. Constantemente llegaban nuevos bloques de mármol pentélico, maderas olorosas que aún traían en sus entrañas la virginidad de los bosques, y oro, producto de la guerra contra los persas, formando un conjunto de actividad asombrosa, algo así como nuestras fábricas modernas, una Nueva-York ática, si fuera posible unir la idea de una dinamo á la de las líneas serenas de una columna jónica; y en medio de aquella actividad, de aquel enjambre de abejas de lo bello, las columnas del Partenón iban elevando su blancura impoluta hacia el cielo terso y azul...

Pero esta obra, pasmo del mundo, ha ido desapareciendo poco á poco. Los mármoles que lucieron su armonía blanca



LA MINERVA DEL PARTENÓN
(Museo Nacional. — Atenas)

bajo el cielo luminoso de Atenas, yacen hoy dispersos, rotos, desunidos, conservados en los museos de Europa y particularmente de Londres.

Si la cosas tuvieran alma, ¡qué triste estaría la de los mármoles del Partenón! Donde el artista puso la mano para acariciar, el arqueólogo moderno ha puesto

una etiqueta con un número; donde el sol puso sus rayos, que eran un beso en el ambiente cristalino y azul de la Acrópolis, el polvo de una atmósfera gris deposita su manto destructor, y por donde rozaba antes el aire heleno, pasa ahora un plumero un mozo del museo.

De los mármoles del Partenón sólo

quedan hoy restos desmembrados y un número que es una lápida. Por eso los museos tienen algo de cementerio.

Fidias, como todo el que se destaca de sus contemporáneos, sufrió ataques inmediatos.

Pericles tenía enemigos, quienes, ya que no se atrevían a atacarle a él, adoptaron el procedimiento de calumniar a sus amigos.

Uno de éstos fué Fidias. La alta estimación en que le tenía Pericles y su renombre de artista, eran terreno abonado para que la calumnia fructificase.

Y, para que se cumpliera una vez más una ley muy humana, la acusación de que fué víctima el gran artista brotó de entre los suyos, que la traición es una de las condiciones del envidioso, cuando está á las órdenes de otro.

Fué un obrero del taller de Fidias, un tal Menón, quien suplicó un día en el agora que le permitieran hablar para hacer una denuncia.

La acusación contra Fidias flotaba ya en la atmósfera. Se presentía.

Y el traidor acusó á su maestro de haber robado parte del oro que se le confiara para que hiciese la Minerva del Partenón.

El pueblo, indignado, pidió á los dioses castigo para el ladrón y gracia para el denunciante, y éste, ufano y satisfecho, recibió los aplausos debidos á su obra «meritoria».

Pero ni Menón ni en general el pueblo griego, sabían que Pericles no sólo era un gran conocedor del corazón humano, sino especialmente del de sus administrados, y, cuando encargó á Fidias la colosal Minerva, le dijo que la construyera en tal forma que sus piezas fueran desmontables, para que, en un momento dado, pudiera comprobarse el peso del oro.

Fidias cumplió punto por punto el encargo de su amigo y protector, y pudo dar un rotundo mentís á la cobarde denuncia, pesando, públicamente, las vestiduras de la diosa.

Fidias, viendo que le era imposible luchar contra aquellas hordas desencadenadas, huyó á Elida, en donde emprendió la obra, pasmo de los siglos, que se considera como una de las maravillas del mundo: el Júpiter Olímpico, cuyo elogio queda hecho diciendo que Epicteto con-

sideraba una gran desgracia morir sin haberlo contemplado.

Cuéntase que, como Panainos, el hermano de Fidias, preguntase á éste en quién se había inspirado para hacerla, respondió el inmortal artista diciéndole estos versos de Homero:

«El hijo de Kronos bajó sus negras pestañas; su cabellera se agitó sobre su cabeza inmortal y el vasto Olimpo tembló.»

Cuando Fidias acabó la estatua del Júpiter Olímpico, quedó ante ella admirándola, como si no fuera obra suya.

Contemplando aquella cabeza de soberana majestuosidad, de la que iba á surgir Minerva armada de todas armas, Fidias quedó anodado y confuso.

Indudablemente, al hacerla, al dar forma á la idea que había en su mente, al saber materializar su concepto abstracto del dios del paganismo, Fidias creyó haber recibido la inspiración directa del Olimpo, y pidió á la estatua una prueba fehaciente de su poder.

El cielo estaba sereno, y el sol, como un broche de oro, resplandecía en un fondo de turquesa. El aire era tranquilo y límpido, y toda la naturaleza parecía sonreír ante la obra que creara el más grande entre los grandes artistas de Grecia.

De pronto, un horrisono tableteo turba la paz del templo y un rayo cae á los pies del escultor, sin que éste sufriera daño alguno.

El dios había hablado. Júpiter envió á Fidias uno de sus rayos, para demostrarle que estaba satisfecho de su obra.

El cielo volvió á ser la tersa superficie de un espejo azul en el que brillaba el sol como un broche de oro...

El sitio en que cayó el rayo fué señalado con una losa de mármol negro, sobre la que se colocó una urna de oro.

Poco después murió el gran artista.

Como en todo lo que se refiere á la vida de Fidias, tampoco se sabe á punto fijo ni dónde, ni cuándo, ni cómo murió.

Mientras unos opinan que fué envenenado, otros dicen que murió rodeado de gloria y honores, y que sus descendientes quedaron encargados de la custodia y limpieza de la estatua de Júpiter Olímpico.

La fecha más aproximada de su muerte parece ser la de 431 antes de Jesucristo, cuando los primeros desastres de la guerra del Peloponeso envenenaban la vida del gran Pericles.

FRANCISCO VERA.



La celda de madama Caillaux.

La Mansión Sombria

CON motivo de la detención en San Lázaro de Mma. Caillaux, nos ha parecido curioso transcribir las impresiones de una detenida, que estuvo precisamente en la celda en donde se encuentra la esposa del ministro.

El coche celular acaba de depositarnos en el patio interior de la prisión, y una campana teteja irónicamente nuestra llegada.

En la estrecha jaula en que hemos sido transportadas, sin luz, casi sin aire, aspirábamos ardientemente á llegar al término de nuestro viaje. ¿Quién iba á pensar que el decorado en medio del cual íbamos á vivir — ¿por cuánto tiempo? — era tan triste y tan severo! Se han alabado mucho las prisiones modernas; pero de la de San Lázaro se desprende una impresión de infinita tristeza, la tristeza de los antiguos conventos que han sido destinados á otros usos distintos de la oración y que ya no tienen nada de religioso. Los negros muros y los sombríos corredores tienen algo de macabro, y las piedras del tiempo pasado que no están en ruinas aún, carecen de poesía.

Los uniformes de los guardianes atra-

viesan los patios y se acercan á nosotras; es decir, á una veintena de mujeres de todas las clases sociales y de todas las edades. Las hay jóvenes, vestidas aún con traje de fiesta; viejas de rostros apergaminados, cónicas, que en seguida se encuentran como en su casa, y tres ó cuatro rostros dolorosos que parecen asustados. ¿Qué hacen estas mujeres? ¿Por qué vienen á la mansión sombría? ¿Estarán en ella mucho tiempo, ó un solo día? ¿Qué vergüenza, qué desgracia, qué injusticia, qué fatalidad simbolizan estas mujeres?

Lentamente, silenciosamente, subimos una escalera que parece interminable.

— ¡ Á registrar ! — exclama una vez seca.

Sin saber cómo, nos encontramos en una habitación oscura, de techo bajo y minúscula puerta que produce una desagradable impresión.

Hay que vaciar los bolsillos y depositar

en manos desconocidas, manos administrativas, todo lo que se considera como objeto prohibido: cortaplumas, limas, dinero, tabaco...; pero esto es poco: también hay que entregar las cartas y aun los retratos, hasta los más queridos. Yo tenía los de mis dos hijos y supliqué que se me exceptuara de la implacable regla. Entonces comprendí todo lo que hay de espantoso en la palabra PRISIÓN y me sentí sin fuerzas, como un ser que no se pertenece ya, un ser desamparado y rebelado; pero con una rebelión inútil, porque por todas partes no hay más que guardianes y cerraduras centenarias de pesados picaportes. La triste morada continúa igual que en la época del Terror.

Una mujer, que parece estar bien enterada ó que ha leído, nos explica ironicamente que en la habitación en que nos encontramos esperaban los condenados a la guillotina.

Ha acabado el registro. Manos rudas se han convencido de que no ocultamos nada. Lo que más cuidadosamente procuran esconderse las prisioneras es el tabaco.

Después nos encaminamos hacia otro corredor sombrío por una escalera de piedra, de gastados peldaños. El techo de vigas descubiertas parece más bajo aún.

Detengámonos. He aquí un sitio más claro, un umbral riente en medio de tantas tristezas.

— ¿Qué es esto?

— La entrada de la Comunidad — murmura una voz; — la Comunidad de las Hermanas de San José.

Se ven flores, adornos y, junto al umbral, mujeres que cosen ropa blanca, cuyo lino huele á nuevo.

Tocas azul celeste y blancas se agitan alrededor, pasan dulces siluetas... y se sienten ganas de entrar, de acurrucarse en un rincón y llorar suavemente...

— ¡Arriba! — gruñe una voz.

Y el rebaño llega á lo alto de la vetusta escalera, ante una especie de estrado que se llama *la ventanilla*. Allí hay una anciana religiosa detrás de una caja de fichas donde está escrito un nombre y un número, porque allí se pierde la personalidad y se convierte una en una cifra.

Y mientras se cumple la larga formalidad administrativa, esperamos sentadas en un banco con los ojos fijos en el suelo y los labios plegados. Maquinalmente miro á las sirvientas que llevan la sopa, mezcolanza repugnante de pan y legumbres

en medio de un lago de agua grisienta.

Sin embargo, las mujeres se apresuran á comer y hunden en aquella sopa un pedazo de pan que devoran hambrientas. He aquí una vieja que mastica despacio. Está sentada en un poyo y sostiene el plato en sus rodillas temblorosas; otras prefieren quedarse sin comer.

— Ahora le toca á usted — exclama una voz.

Me levanto.

— ¡Ah, sí, es mi número!

Y me entregan un pequeño triángulo de papel.

La anciana religiosa me mira... Diríase que — con su experiencia — procura adivinar quién soy.

Y con cierta amabilidad me indica que debo seguir á una sirvienta.

La doncella. — Bostock.

La celda 12.

Enfermedad de la seis.

Eché detrás de la sirvienta. Era una jovencita gruesa de aspecto astuto. Una mujer que se encuentra á mi lado y marcha conmigo, sin duda una *cliente* de la prisión, bromea.

— Mire á Luisa, nuestra « doncella », la que debe barrer las celdas.

— ¿Luisa?

— Sí, la que nos guía ¡diablo!... Sufre una condena de seis meses por haberse cargado á su hombre. Y hasta parece que ha dormido junto al cadáver... Es perezosa y mal intencionada, pero se puede sacar algo de ella dándole rapé...

Y la mujerona agregó, dirigiéndose á la detenida:

— Parece que tienes dinero. Si te sobra alguna vez un vaso de vino, ya sabes que se te agradecerá.

É inmediatamente después, sintió la necesidad de contar el motivo de su encarcelamiento, un nuevo robo en las Galerías La Fayette... ¡una verdadera mala sombra! porque ella es muy hábil para preparar el *trabajo*, sin que se advierta lo más mínimo, y una vez que el rollo está hecho, con mano distraída, que posa en el borde del mostrador, lo empuja, haciéndole desaparecer diestramente.

Y agregó con tristeza mirando los muros sombríos:

— Conozco bien la *casa*. Es la tercera vez que me traen, pero como soy buena chica, me estiman. Cuento historietas á

las detenidas, y las hago reir; es la mejor manera de tener buena salud.

¡Reir!... ¡ay!... ¡en tal morada!

Y al ver á una religiosa que apareció repentinamente en el corredor, mi acompañante agregó, burlona:

— Buenos días, Bostock.

Para explicarme, me deslizó: Bostock, es lo mismo que la hermana Leónida, la vigilante.

En efecto, una hermana vieja se en-

le temen en la prisión, y en cuanto escandalizan las reclusas no hay más que llamar á la hermana Bostock, y todo vuelve al orden.

¡Qué género de vida para esta mujer, joven aún, en medio de una atmósfera de dolor y de deshonor! Sale raramente á la calle, y cuando lo hace tropieza y se tambalea como una mujer embriagada.

La hermana Leónida, es decir, Bostock, me dice:



Un pasillo.

cuentra ante nosotros, contemplándonos con las cejas fruncidas. En seguida conoció á la ladrona. Parece ser que tiene una memoria extraordinaria.

Hace treinta años que Bostock está aquí, en medio de este rebaño continuamente renovado, en donde frecuentemente hay fieras y también primeras « actrices », mujeres extraordinarias de la buena sociedad. Mas á todas sabe hablarles. Bondadosa con algunas, es ruda y de un lenguaje más enérgico con otras muchas y grave y correcta con aquellas que tienen un nombre...

Es una mujer seca, con las piernas en arco, el rostro apergaminado y casi bigoluda. Sus ojillos parecen de acero. Todas

— Usted irá á la celda 12.

La celda número 12 está destinada á las detenidas que nunca fueron condenadas y que tienen medios suficientes para pagar la pequeña cantidad que exigen. Además, la celda 12 es la célebre habitación en donde estuvieron madama Stenheil y Luisa Michel. Es legendaria en San Lázaro, por las personalidades que la han ocupado. Y, sin embargo, la celda 12 no es mayor que las restantes y las vigas del techo están cubiertas de telas de araña.

El mobiliaje es muy modesto. — Cada detenida tiene á su disposición una cama de hierro muy baja, con un colchón y una manta gris, con unas grandes letras que dicen: prisión; un taburete, una palangana

de hojadelala y un jarro amarillento. Encima de la cama hay una tabla para colocar los vestidos. Existe una estufa, pero no funciona.

En esta celda hay seis camas, y pudieran ponerse siete u ocho. En las grandes ocasiones, la detenida se encuentra sola, y únicamente una detenida que hace las veces de sirviente no la deja un minuto, á fin de evitar un suicidio posible.

Cuando entro en la celda, encuentro sentada en una esquina de la cama á una muchachita de ojos vivos y pelo cortado. Debe saber qué me ha ocurrido, porque inmediatamente después de entrar me llama por mi nombre... Conozco que siento necesidad de hablar, como la mayoría de sus compañeras, y me recuerda el sensacional proceso revolucionario en que se encuentra mezclada.

En mi desdicha me alegro de este encuentro que me permitirá charlar.

— Vea lo que es nuestra prisión... Y por cierto que hemos tenido la fortuna de no encontrarnos solas aquí.

— ¿Por qué?

— A causa de la tristeza de la celda... Ya advertirá eso esta tarde, cuando llegue el crepúsculo, cuando experimente el mal de las seis, con la jaqueca, la terrible jaqueca que aquí es inevitable.

Piense que por la noche no se tiene luz, y lo único que dan es una ó dos bujías clavadas en una bola de pan... Precisaría ser la mujer de un ministro para tener derecho á una lámpara, y aunque sea la mujer de un ministro no podrá escapar á la espantosa impresión, si está sola...

» ¡Además, agregó, hay ratas!

» ¡Oh! tranquilícese, no entran en nuestra celda, pero se las ve correr por los pasillos, por los techos, por los entarimados, porque las ratas son aquí felices. Están repletas, y han terminado por ser las amigas de los gatos, que comen con ellas los detritus...

— Pero, en la larga espera ¿qué se debe hacer aquí? ¿no hay género alguno de distracciones?

— Si, existen algunas.

Las distracciones en San Lázaro:
el patinillo y el gran patio.
las comidas.

La principal distracción, la que se disfruta todos los días, es el patio, los dos patios.

Detrás de la verja, mejor dicho, de detrás de la tela metálica, se disfruta del espectáculo de las otras reclusas, que a veces, arrojan piedras contra las detenidas de la celda, sin mala intención, para reír un poco.

En el patio pequeño, reservado á las detenidas de la celda número 12, se da vueltas alrededor de un gran pilón en donde se pudre el agua infecta que sirve al lavado de la ropa blanca de la enfermería.

Y por último, hay las comidas, que en general son desoladoras para la mayoría de las mujeres encerradas aquí, pues se componen de legumbres mal cocidas, y los domingos únicamente, una taza de caldo.

Á las 7 de la mañana, al anuncio de la cantina, nos cubrimos con una bata, y con el cachirulo que da la administración se va á buscar el buen café á veinte céntimos el litro, ó leche, manteca, pan blanco, rapé, arenques é higos secos. Mas para todo ello precisa tener dinero.

Es la hora de las «caridades» y si se tienen medios se compra de todo eso una gran cantidad y se hace un reparto generoso.

Las detenidas adineradas pueden hacerse enviar la comida de fuera, reglamentada en dos platos y un postre, como maximum. Pero esto constituye únicamente privilegio de las mujeres importantes. Y estas idas y venidas permiten saber algo de fuera, y aun á veces logramos tener un periódico, que corre de mano en mano.

Las distracciones morales en San Lázaro. — Las cartas.
Los libros. — Las visitas.

Las cartas se cuentan entre las distracciones más ardientemente esperadas, porque, como vienen de fuera, del mundo, nos conducen á la realidad de la vida.

Una vez al día, la encargada de hacer el servicio, llama á las detenidas de la celda y les da el correo; mas ninguna de las cartas llega á nuestras manos sin haber sido leída, y ya pueden imaginarse lo que será tal correspondencia y la idea que tendrá de nosotras la persona encargada de leer y ver las palpitaciones de tantas y diversas pasiones, generalmente expuestas en un lenguaje grosero.

Además de las cartas existen los libros.

Pero no cuente con los de la Biblioteca, fastidiosos, mal elegidos, desgarrados en su mayoría y con miles de inscripciones obscenas. La administración es indulgente y deja pasar sin recriminar numerosos libros, pero ¡cuidado con la revisión de las hermanas!

bajo ni permiten aproximarse. Entre la visita y la visitada debe existir la distancia de una silla. Algunos guardianes son implacables en lo que á esto se refiere. Por lo demás, esto depende más bien de la personalidad de la inculpada.

Aunque sean ansiosamente esperadas,



Una hermana.

En cuanto á las visitas, las mujeres detenidas sólo dos ó tres días tienen derecho á ellas. Las detenidas prisioneras tienen un día por semana, y detrás de la verja pueden hablar con las personas que vienen á verlas. La consigna es rigurosa, sobre todo en cuanto se refiere á las provisiones.

Las visitas á las detenidas de nuestra celda son menos severas. Tienen lugar en la sala de favor, siempre en presencia de los guardianes, que no deben dejar hablar

las visitas tienen siempre algo de particularmente doloroso. Y las únicas que no dan esta impresión son las visitas de los abogados, y que tienen lugar en una sala pequeña, vigilados de lejos por el guardián que no oye nada y que se pasan tranquilamente mientras dura. Además, los abogados más se una vez son los complacientes intermediarios entre la familia ó amigos y la prisionera, sin que la administración les guarde rencor por ello.

Hay una distracción que sin duda alguna

es la que más amortigua nuestros dolores y rinde más saludable nuestra alma.

En esta casa de duelo é infamia, en toda un ala de la cárcel, los pequeñuelos dejan oír sus risas argentinas, sus risas inocentes. Lejos de la vida, las madres prisioneras de estos niños pueden decirse que disfrutan de gran suerte, porque gozan de bastante libertad y, á ciertas horas, tienen la satisfacción de abrazar á sus hijos, de verlos jugar y de hablarles.

La piedad humana, el consuelo de la religión.

Haria mal si dijera que en la casa negra, en donde hay tantos dolores y tan horrible envenenamiento moral, la piedad humana no ha hecho su obra, frecuentemente hermosa.

La administración, tan inflexible en otras muchas cosas, sabe dejar á la caridad privada y á la bondad entrar en San Lázaro. La obra moral de las religiosas es grande, sin duda, en la mayoría de casos. Cuando una reclusa en digna de piedad, hacen cuanto pueden para sal-

varla de la degradación y de la desesperación. Pero, por desgracia, las religiosas de San Lázaro se encuentran demasiado ocupadas en vigilar las idas y venidas de las prisioneras, y frecuentemente se ven obligadas á imponerse. No debiéndose olvidar que algunas de las detenidas han llegado á tal grado de envilecimiento, que á veces hasta injurian á las religiosas é intentar amotinarse.

Como caso digno de contarse, referiré el de una muchachita que robó por primera vez en su vida y que fué detenida. Esta joven estaba á punto de casarse, pero el matrimonio quedaría roto si era condenada, y, seguramente, la joven hubiera terminado por lanzarse á la mala vida. Entonces, pusiéronse en juego todas las influencias con el juez de instrucción, que concluyó por ponerla en libertad provisional. Al poco tiempo supimos que la muchacha se había casado y que era muy feliz; final como en los cuentos de niños.

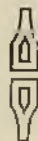
La caridad, como se ve, suele llegar á cuantos poseen, en medio de las tragedias de la vida, un corazón capaz de arrepentimiento.



Una detenida.



ALIANZA LITERARIA FRANCO-ESPAÑOLA



AL SEÑOR ROLL.

Agosto 1913

Querido amigo
Querido maestro
Siempre he tenido por
su gran arte, la gran
profunda admiración,
así es que, no puede
imaginarse la alegría
que me ha causado
la carta que por medio
de la Revista Gráfica
me dirige Vd.

Ella es, la recompensa
sonada de todos mis
luchas; y grandísima
satisfacción tengo en
decirle que: jamás
podré agradecer bastante
la simpática fraterni-
dad con que los artis-
tas Franceses han
recibido mis obras, y
particularmente a Vd.
querido Roll, como

Nos proponemos continuar la se-
rie de cartas destinadas á estrechar
los lazos amistosos entre la élite fran-
cesa y la española. Sirva esta her-
mosa carta del genial pintor Zuloaga
como gentil comienzo de una nueva
serie. Médicos, abogados, banque-
ros, etc., alternarán con los hom-
bres de letras y con los artistas en
esta manifestación de simpatía que
debe unir entre sí á todas las clases
directorales de España y Francia.

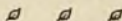
presidente del Salón
de la Nationale, de cuya
sociedad me honra
mucho, el ser sociétaire.
Hace más de 20 años
que vivo tanto en
Francia como en Es-
paña; y para mí:
nunca existieron los
Pirineos.

Soy su amigo y admirador
Ignacio Zuloaga



El señor don Francisco J. de Gamoneda, en la Librería General, con nuestro corresponsal.

DESDE MÉJICO



UNA antinomia.

Las cuestiones políticas que, precisamente, son las que en estos críticos momentos apasionan más los ánimos, son á las que menos han de referirse estos apuntes.

Esta es la originalidad de los mismos.

Una visita, una interview con el digno y bondadoso ministro de España en la República mejicana, parece no ha de tener otra finalidad, otro objeto, ni otro móvil, que obtener alguna manifestación de los labios de tan distinguido diplomático, manifestación que pudiera calmar impaciencias, ahuyentar dudas ó disipar vacilaciones. ¡Lamentable equivocación!

El señor Cologán y Cologán es uno de esos diplomáticos, casi excepcionales, á quien los deberes más estrictos de su elevado cargo no le permiten, ni aun en el caso de un afecto particularísimo, revelar, deslizar la más sutil indicación que deje entrever cuanto se relacione con su misión.

El soberbio edificio que, como morada particular y oficial, ocupa la Legación de España en la aristocrática calle de Cór-

doña, está abierto continuamente para cuantos compatriotas acuden allí en demanda de los valiosos servicios de tan insigne representante.

Recibió éste al articulista acompañado de su amable hija María, en el sencillo despacho de la Legación, cuya sencillez realza y avalora más la elegancia del mismo.

En el transcurso de nuestra conversación, sus labios sólo exhalaban palabras de vivo é inalterable afecto hacia Méjico, en aras de una anhelante y sincera paz que devolviera á todos los ánimos la merecida tranquilidad y á la nación la prosperidad y grandeza emprendida.

Al llegar al Consulado, situado en la tercera calle de Versalles, 44, llamó la atención del articulista la aglomeración de compatriotas que ocupaban las oficinas y departamentos del mismo.

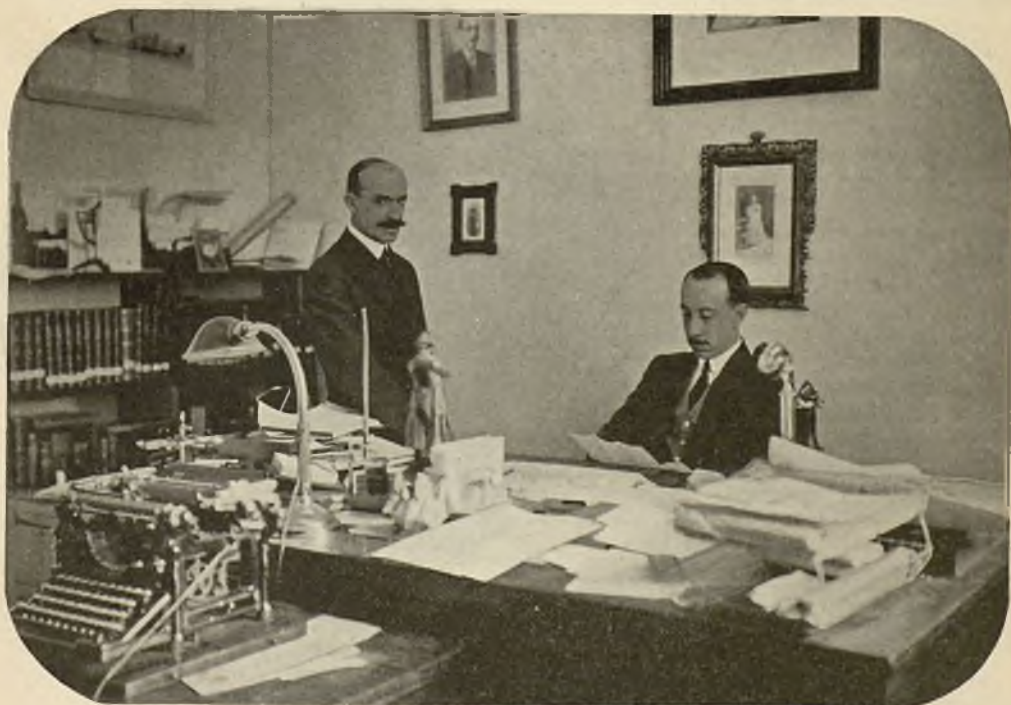
El señor Moreno y Rosales, con esa deferencia que tanto le caracteriza y distingue, nos tendió sus manos, las cuales se desprendieron de la pluma y documentos que las ocupaban, disponiéndose á compartir en amena charla acerca de las múl-



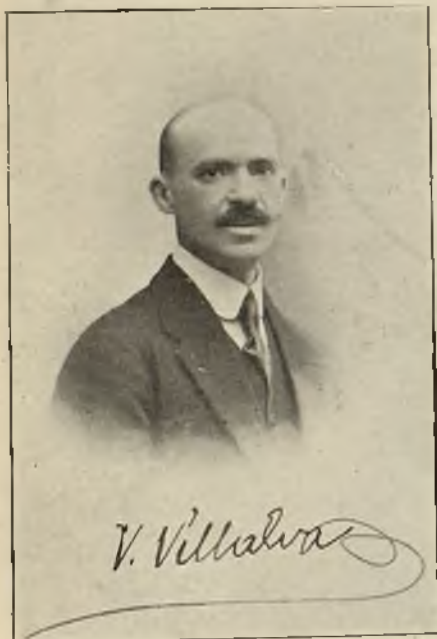
El señor Ministro de España y su hija, la señorita María Cologán, en el despacho de la Legación.



El Excmo. Sr. D. Bernardo J. de Cologán y Cologán, Ministro de España en Méjico, conversando en su despacho con nuestro corresponsal.



El Sr. D. Emilio Moreno Rosales, Cónsul de España en Méjico, y nuestro corresponsal.



tiples ocupaciones, de carácter administrativo, que sobre el Consulado á su cargo pesan de manera insuperable, atendiendo órdenes y vehementes deseos de nuestro Gobierno, para que sean repatriados aquellos que lo deseen.

Las facilidades dadas por el Cónsul de España en estos momentos á sus súbditos, son merecedoras de los mayores y más significativos elogios. El cónsul ha sido secundado de una manera valiosa y espléndida por la Junta de Auxilios Española, á la que ha cooperado muy eficazmente, con esa generosidad tan innata en él, el señor marqués de Comillas, presidente de la Compañía Transatlántica española, por medio de su activo y prestigioso representante en Méjico, don Francisco Cayón y Cos, cuya labor se ha hecho acreedora á las más calurosas alabanzas.

El despacho de la mencionada Empresa era un hervidero de público en los momentos que hacíamos acto de presencia en el mismo.

En el Ateneo, como ha dado en llamarse á la Librería General por las tertulias vespertinas que en la misma se celebran, las cuales tienen un valor literario inapreciable, se reúnen el doctor Enrique González Martínez, Luis G. Urbina, Antonio Caso, Luis González Obregón, entre los muchos que podríamos citar de literatos, músicos, periodistas, pintores, etc., no omitiendo al famoso caricaturista de la Vega, cuyo lápiz no descansa sobre la «piedra de los sacrificios».

El señor Gamoneda, gerente de la misma, organizador de las inolvidables conferencias, sobre temas de literatura, música y filosofía, con la vehemencia de su temperamento, de su genio creador y de su acometividad, se está preparando para inaugurar la segunda serie de aquéllas, respondiendo de una manera práctica al entusiasmo que las pasadas despertaron.

V. VILLALVA.

Méjico, 14 de junio de 1911.



D. FRANCISCO CAYÓN COS
Representante de la Compañía Transatlántica
Española en Méjico

UN HECHO CURIOSO

(RECUERDOS DE UN PERIODISTA)

La Agencia de noticias me envió á tomar la información de un Consejo de Ministros. Subí á la subsecretaría y allí, en el salón que precede al despacho del subsecretario nos instalamos Miguel Jordán y yo. Iba Miguel Jordán por la Agencia Mencheta, fundada por el ilustre periodista que hoy es senador vitalicio y cuya amistad para conmigo ha resistido á los dos agentes más destructores del afecto : el tiempo y la distancia. Miguel Jordán, buen amigo y compañero, es ahora gobernador civil de no se cuál provincia. Hace más de veinte años que no nos hemos visto, porque la vida nos ha llevado por muy diversos senderos, pero seguro estoy de que el recuerdo que voy á evocar no se ha borrado de su memoria.

Estábamos, como he dicho, en el salón que de un lado comunica con el despacho del subsecretario, y de otro con la Sala del Consejo. Oíase el rumor de la discusión de los ministros y á poco salió el Sr. Moret, que, á la sazón, desempeñaba la cartera de Estadó.

Olvidaba decir que se trababa de un Gabinete liberal presidido por el Sr. Sagasta y que el subsecretario de la Presidencia era, si mal no recuerdo, el Sr. Villanueva, hoy personaje político de primera fila, y presidente del Congreso.

Pasó el Sr. Moret á nuestro lado, y, al vernos allí, dijo con su proverbial finura :

— Salgo para autorizar por telégrafo á la Embajada de España en París, para que abone el gasto del tratamiento Pasteur á dos guardias civiles que han sido mordidos por un perro rabioso.

Era esto á raíz del descubrimiento genial del célebre químico, cuyo nombre ha ganado la inmortalidad con tanta justicia.

Entró el Sr. Moret en el despacho del

subsecretario, y á poco se volvió al Consejo de Ministros.

Jordán y yo estábamos solos en la pieza. De pronto oímos la voz de Sagasta que decía :

— No es posible que dejemos de pagar las pensiones de los que han servido á la patria, ni conviene que se dé el escándalo de que se sepa que esos millones han desaparecido.

Jordán me miró con angustia. Estábamos sorprendiendo un secreto de Estado. Sin previo acuerdo inclinamos la cabeza junto á la puerta, y fingimos dormir.

Pasó dos ó tres veces un portero, que al vernos en tal guisa sintió tal vez en su alma un movimiento de compasión hacia aquellos dos muchachos, que dormitaban rendidos de fatiga. Y nosotros, en tanto, con el oído aguzado por la curiosidad, seguimos oyendo, sin perder palabra de cuanto en el Consejo se decía.

Se trataba de la Caja de Redención y Enganches.

Los ministros, asustados ante el temor de que se descubriera un déficit que según parece databa de hacía muchos años, trataron de cubrirlo con los fondos de sus respectivos ministerios. El de Estado ofreció el concurso de la Obra Pía de Jerusalem; el de Gobernación, algo de los fondos secretos, y en una palabra, se trató de atajar el mal y sobre todo de impedir que las pensiones, en su mayoría modestas, cuyo pago depende de esa Caja, dejaran de pagarse.

Arreglado el grave asunto, levantáronse los ministros (era ya muy cerca de la una de la madrugada); pero antes de separarse oímos claramente al de Marina, general Beranger, que decía :

— Un momento, Sr. Presidente. Yo he traído al Gabinete el compromiso de crear Marina, y el ministro de Hacienda no me

facilita los medios necesarios; de suerte que me voy.

— Vaya, vaya — exclamó don Práxedes con aquel su acento zumbón — ya hablaremos de eso otro día y todo ha de arreglarse. ¡Pues no faltaba más!

Y así terminó aquel Consejo. Un rumor de pasos que se alejaban nos hizo comprender que los ministros iban á salir por la puerta del Presidente.

Fuimos á escape para alcanzarlos á la salida y uno de ellos, no recuerdo cual, nos dijo á cuantos periodistas aguardábamos la nota oficiosa:

— El Consejo no ha tenido la menor importancia. Hemos aprobado unos cuantos expedientes de trámite y nada más.

Bajamos Jordán y yo la escalera de la Presidencia á paso de carga. Llevábamos en el alma un enorme peso, mezcla de remordimiento y de alegría. Justo es confesar que ésta dominaba al primero. ¡Pues ahí era nada, saber lo que ignoraban todos nuestros compañeros!

En esta disposición de espíritu llegamos á la *Perrera*, como entonces llamábamos á la habitación que en el piso bajo del Ministerio de la Gobernación teníamos los reporteros. Allí se me despidió Jordán, mientras yo iba en busca de mi director para transmitirle la noticia.

Me oyó Jesús Lozano con su bondad

proverbial, pero haciendo gestos de asombro, y llamando aparte á Julio Vargas, reporter de «*El Liberal*», le comunicó la nueva. Circuló esta como la llama por un reguero de pólvora, y úzguese de la estupefacción de los ministros cuando, al día siguiente muy temprano, encontraron en los periódicos el detalle exacto de cuanto se había hablado en Consejo.

Nadie se ocupó de mí, ni creo que tampoco de Jordán, pero es lo cierto que desde entonces, y hace de esto más de treinta años, no se ha vuelto á permitir la entrada á los periodistas en el salón de referencia, mientras se celebran los Consejos de Ministros.

Muy pocos compañeros recuerdan este incidente.

Los empleados de entonces han desaparecido; el hecho de seguro ha sido olvidado, pero la prohibición subsiste y es casi seguro que si se les preguntase á los porteros la causa de ella, no acertarían á explicarla. Es un uso, una costumbre, dirán, y como éstos son más fuertes que las leyes, se cumplen con rigor. La actual generación de periodistas ha encontrado establecido el precedente que creó la indiscreción de Jordán y la mía.

JOSÉ MUÑOZ ESCÁMEZ.



P E N S A M I E N T O S



Desde que conozco á los hombres, quiero más á mi perro.

Lord Byron.

El hombre pasa fácilmente de una opinión á otra cuando así lo exige su interés.

Mme. de Staël.

El poder no es un beneficio, sino una carga.

Sydney.

Siéntate á la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo.

Proverbio árabe.

Para regenerar á un país son necesarias dos cosas: que aprendan á leer los que no saben, y que los que saben, lean.

J. Ortega Munilla.

El médico que dice que no sabe más que medicina, ten por seguro que ni medicina sabe.

Letamendi.

"LE CHIC"

(CARTAS DE UNA PARISIENSE)

por

SIMONE



*¿Qué se ve?...
Pues túnicas de
puntilla cuyo efecto
no siempre resulta
bonito, pero que las
elegantes adoran.
Y es que las ricas
puntillas que llevan
valen una fortuna,
que es lo que se tra-
ta de demostrar.*

tadora per-
sonalidad y
muy origi-
nales, con la
nota esen-
cial del más
puro pari-
sienismo.

Para las
niñas ma-
yorcitas se

hacen lindos vestidos de crespón de china, lo que permite bonitas hechuras de túnicas plisadas ó drapeadas y adornadas de encajes ó bien bordadas en la misma tela. Con esta combinación se hace el cuerpo, adornado con soutaches de diferente tono ó del mismo color de la tela, pero más obscuro, lo que constituye una bonita combinación. Estos vestidos se hacen mucho en verde limande ó en rosellón ó aubergine. Lo que completa la originalidad del conjunto es un ancho cinturón drapeado que cae por detrás formando guirnalda de rosas de crespón de china y muselina de seda. Una de estas mismas rosas, pero mas grande, se coloca en el

Por fin ha llegado el verano tan esperado, que se presenta cálido y hermoso después de las lluvias torrenciales. Así, pues, para que hagáis vuestros últimos preparativos antes de la próxima partida, voy á documentaros de una manera precisa acerca de la moda infantil. Tengo algunos modelos de una encan-

cuerpo ó en la espalda, como exige el gran chic.

Las rosas están en boga actualmente y se llevan en muchos vestidos, hechas de cintas y bordadas con perlas. Se obtendrá un conjunto exquisito con el gran « marin » blanco, de raso, adornado con un gran nudo.

Un traje de hechura de sastre que viste mucho, es el de lana salmón ó rojo vermellón ó azul obscuro. Como las de las mujeres, la falda debe ser plisada ó drapeada. En los vestidos de las niñas hay que cuidar mucho los detalles y la originalidad debe estar más en los adornos que en la hechura, que suele ser complicada.

Se llevan mucho los vestidos de linón blanco, formados por varios volantes plisados y con cordones rojos y azules en la cintura. La falda y el cuerpo deben llevar un bordado fino que rime con los cordones. Este año están de moda los bolsillos y se colocan á la vista adornándolos para que resalten más. Esta moda es práctica, porque facilita á los niños meter en ellos sus cositas.

Con estos vestidos va muy bien la capelina flexible, que debe ser de paja de Italia adornada con flores y cubierta con un velo de encaje fino. El rostro quedará encuadrado con lindas bridas de raso azul antiguo.

Por lo que se refiere á vosotras, queridas lectoras, me será muy grato que se realicen las predicciones de mi última crónica. Las incoherencias de que hemos estado saturadas estos últimos tiempos, empiezan á desaparecer y estoy convencida de que poco á poco llegaremos á nuevos tiempos en que será dueño

el buen gusto y bien acogido el retorno á la belleza de la línea y á la sencillez armoniosa.

En este sentido puedo indicaros el éxito obtenido estos últimos días por un pequeño traje de hechura de sastre, á cuadros blancos y



negros, que puede vestir mucho si se adorna con encajes preciosos en el delantero y en las mangas.

También puede ser á cuadros la caña de las botas, que se llevan este año de punta estrecha, justo desquite de la moda llamada « americana », cuyas puntas eran completamente cuadradas.

También se ven muchas faldas plegadas en tablones, armonizando muy bien con las



EL CAPÍTULO
DE LAS
EXCENTRICIDADES

Estos modelos (de mal gusto, naturalmente) no tienen necesidad de comentarios, y aunque todas las fantasías encuentran adeptos, creemos que esto ya es demasiada fantasía.

levitas de serga azul, las cuales se llevan cortas por delante y largas por detrás. El sombrero indicado para este vestido es el canotier blanco con vueltas azules.

Para la calle se lleva una falda estrecha de tafetán á cuadros con una especie de sotana abotonada por delante y con un cinturón alto de paja negra. Como cuello os recomiendo las vueltas de muselina bordada. Los cuellos blancos continúan de moda y se hacen muy puntiagudos y alargados, parecidos á los cuellos flexibles masculinos.

Por lo que se refiere á los trajes de

hechura de sastre, las mujeres han adoptado el género masculino. El de última

novedad es la túnica plisada, que baja hasta la mitad de la pierna, flotando sobre otra falda muy estrecha, lo que le da el aspecto de un pantalón. Las blusas que se llevan con los «sastre» van con camisa de seda, crespón de china, con chaleco de ourgandi con pliegues pequeños y botones como las camisas de los hombres. La parte superior de la blusa queda negligentemente abierta á fin de que se vea el escote. La blusa de linón de hilo ha desaparecido por completo y ha sido ventajosamente substituida por la de seda.

SIMONE.



PIERROT Y COLOMBINA



Pierrot besa la mano de su amada, y Arlequín llora su derrota. Colombina reparte así la dicha y la desgracia á un mismo tiempo. Ambos tienen los ojos llenos de lágrimas, que el placer y el dolor tienen idéntica forma de expresión: el llanto. La joven mira á hurtadillas á Pierrot y sonríe plácida, sin importársele un ardite de la pena de Arlequín. Egoísmo horrible, digno de un corazón de piedra. Si Arlequin muere de amor, no encontrará en el alma de su amada ni un recuerdo compasivo. Sólo pensará en él cuando los desengaños la alejen de Pierrot. ¿No es esta toda, ó casi toda la tragedia humana?



Ensalada

de por de

LUIS BONAFoux



A quelque chose malheur est bon.

El insoportable calor del primero de mes sirvió á la prensa parisiense para hacer el descubrimiento de que en la Guayana francesa la temperatura es de 25° en verano y de 26° en invierno. Total, un grado de diferencia. Es una maravilla. Lástima no haberlo sabido cuando anduve cerca de aquella apartada región, no en calidad presidiario, sino en la de viajero, porque allí me hubiera estado en vez de venir á experimentar en París temperaturas de 10° bajo cero en invierno y de 39° sobre cero en verano. Debí, sin embargo, suponerlo, dado el trasfuerce de todo en el mundo, y con sólo haberme fijado en que cuando un hombre comete un crimen horrendo, al punto le mandan á la Guayana, esto es, á estar fresquito en verano y calentito en invierno, mientras los honrados se quedan en París, helándose en invierno y tostándose á la parrilla en verano, si no tienen la dicha de zambullirse en algún agujero del Metropolitano. Recuérdese, si no, que en la terrible catástrofe (40.000 víctimas) de Saint-Pierre, sólo se salvó de la quema un negro cimarrón, que estaba bajo tierra, en un calabozo, cuando el volcán Pelé se decidió á pelar la isla.

— ¿Y tú qué haces aquí? — le preguntó la primera autoridad que pudo llegar al lugar de la catástrofe.

— Yo, mi amo, contestó él, estoy esperando que me maten.

Era un asesino, condenado á la última pena por los que el volcán asó vivos.

El consabido día de calor, que tanto hiciera sudar las prensas durante una semana, sirvió también de punto de partida á las parisienses con ó sin traje de baño. ¡Señores, lo que necesita una mujer en estos tiempos, para ponerse en remojo! Peinador de felpa color azul celeste, rosa

ó amarillo; traje de alpaca ó de jerga, color vistoso, preponderando el zafiro; ó *maillots* ceñido, todo de seda; gorro de goma pura y flexible, hecho de pliegues, ó de forma holandesa, gitana ó portuguesa, de raso impermeable; sandalias de felpa, malva, celeste ó rosa; ó coturnos de fina paja, negra, calada, con cordones y adornos negros.

¡Señores!... ¡Las ninfas que he visto yo, ora blancas como la leche, ora doradas como el ámbar, ya negras como la pez, bañándose en el Mar Caribe con lo puesto — ¡la camisa, y gracias! — al aire las greñas, al fresco las pezuñas! Y todas sanas y hermosas.

Ahora esas ondinas de los peinadores azul celeste, de los trajes de zafiro, de los *maillots* de seda, de los gorros de raso, y de los coturnos de calada paja, tienen que hacer « curas » para ir tirando en invierno; y la vanidad de salir en los papeles las hace involuntariamente humildes, por cuanto que exhiben sus miserias en noticias y sueltos donde se anuncia que la distinguida señora de Fulánez va á hacer una cura en las aguas de X... — indicadas contra los herpes; — que la sugestiva señorita de R..., después de operada de la apendicitis, irá al balneario de Z... — recomendado para las enfermedades del tubo digestivo; — que la elegante marquesa de O... pasará agosto en Archena.

Este año, nuestro veraneo, el español, por tierras de extranjería, va á presentar una novedad extraña: partidarios y adversarios de don Antonio Maura — los del *Maura, no!* y los del *Maura, sí!* — aprestan trenes, de los llamados *botijos*, para ir de Madrid á Bruselas á hacer manifestaciones de carácter político. Cuáles discutiendo á gritos, cuáles otros arrancándose por peteneras, ó jalcándose con guitarras, cruzarán las estepas pétreas de Castilla, las monótonas pampas gasconas,

sólo perturbadas, en su silencio agostador, por el chirriar del grillo, y las tierras, harto laboradas, de la industriosa Bélgica; cayendo, al fin, sobre Bruselas con el ¡Maura, no! y con el ¡Maura, sí! De esperar es que, cual cumple á hidalgos que, si no tienen capa, tendrán al menos espada, y que sabrán respetarse en el extranjero, los partidarios y los adversarios de don Antonio Maura se reconcilien á orillas de la Senne, frente á frente de mantecosa paella, rociada con Peleón, acabando la manifestación contradictoria de los excursionistas por marcarse un garrotín, y prorrumpir, si no con un ¡viva la Pepa!, con voces de:

— ¡Maura, sí! ¡Maura, no!...

Otra peregrinación: la literaria á Guernsey en honor de Hugo, ha recabado

éxito simpático. Yo respeto y admiro á Ese, mas no le alcanzo con las dos manos, ó á gusto mío, como no alcanzaria al Himalaya, en cuya cima, más alto aún que la nevada, de los Alpes, pudiera situarse la flor grandiosa de la poesía victorhuguina. Guardo, pues, mis caricias para otras flores poéticas que están más al alcance de mi mano humilde; para las violetas de Musset, para las campanillas azules de nuestro pobre Bécquer, para los crisantemos de Verlaine, para la flor del cardo que brotaba del corazón de Heine, y que no podía ser tocada ni por los rayos del Sol sin que se borrara, como arco iris, difundiéndose en polvillo luminoso...

LUIS BONAFOUX.



EL JUEGO DE AJEDREZ

Cuéntase que Sessa, inventor del juego de ajedrez, fué llamado por el rey de Persia, quien quiso recompensarle por su descubrimiento. ¿Qué pides? — le preguntó. — Poca cosa, repuso el sabio. Un grano de trigo por la primera casilla del tablero, dos por la segunda, cuatro por la tercera y así sucesivamente, doblando siempre hasta las 64 casillas de que el tablero consta.

La pequeñez de la demanda hizo sonreír al monarca que dió inmediatamente orden á su tesorero de que sirviera lo pedido. Pero hecha la cuenta resultó que aquella *pequeñez* era tal, que no bastarian todas las cosechas de la tierra para servirla.

Este ejemplo curioso suele citarse en los libros de matemáticas al hablar de las progresiones.

Cuentos del otro jueves

♦♦ ♦♦ ♦♦

GEDRÓN se está bañando en una playa inglesa y el agua esta verdaderamente fría.

Oye toser á un bañista y le dice :

— Hace usted mal en bañarse con un traje de hilo; yo me he puesto uno de lana... Cuando el tiempo refresca no hay que hacer imprudencias.

*
* *

Un tribunal está juzgando á un hombre que intentó asesinar á un médico en el hospital, cuando este se disponía á darle un medicamento.

— Según parece — le dice el juez — usted tenía antiguos resentimientos con su víctima.

— ¡Quiá! — contesta el procesado. — No le conocía, digan lo que que quieran los testigos.

— Entonces, ¿por qué le agredió?

— Pues, por legítima defensa, señor juez.

*
* *



— ¡Le aseguro á usted que su mujer acaba de ser cogida por un tranvía!

— ¡Vaya! ¡Un tranvía estropeado!... ¿Ha habido víctimas?...

*
* *

Una atrocidad.

Un individuo muy bruto (como verán los amables lectores) visita á una prima suya muy sentimental y cariñosa, y ve sobre una mesa una jaula con un precioso canario.

— ¿Canta? — pregunta él.

— ¿Que si canta? ¡Oh! ¡Divinamente! ¡Para comérselo!

— ¿Para comérselo?

Y antes de que ella se diera cuenta de que no soñaba, metió la mano, y vivo, cantando, con plumas y todo... se lo comió.

*
* *



— No, señor, no pongo cebo en el anzuelo; si quiere picar que pique, pero yo no engaño á un pobre pez indefenso...

*
* *

Un oficial inglés, rico y célebre entre sus camaradas por su afición á las apuestas, se presenta destinado á un regimiento de Dublin.

En el cuarto de banderas, conversando con los oficiales y algunos jefes, entre ellos el coronel, hace recaer la conversación sobre las teorías de Darwin, sosteniendo que la mayor parte de los hombres tienen como apéndice, al final de la columna vertebral, una especie de rabo rudimentario.

Grandes risas y protestas.

Entonces el oficial, muy serio añade :

— No se rían ustedes, pues esto es fácil de comprobar. Vean ustedes. Estoy seguro que el señor coronel tiene el apéndice de que hablo.

— Se equivoca usted señor oficial — contestó éste.

— Pues no tengo inconveniente en apostar quinientas libras esterlinas.

— No apueste, porque las perdería de antemano.

— ¡Mantengo la apuesta!

Entonces, el coronel, volviéndose hacia el médico y el ayudante las dice :

— Tengan la bondad de venir con este testarudo y conmigo, para que se convenza de que ha perdido la apuesta.

Entran en una habitación contigua y á los diez minutos salen muy satisfechos.

Entonces el oficial extiende un cheque de quinientas libras, y se lo entrega al coronel diciéndole :

— ¡Mi coronel, ahí tiene usted sus quinientas libras, pero de todos modos he ganado!

— ¡No comprendo!

— Sí. He apostado en Londres mil libras que á las venticuatro horas de estar en Dublín podría cerciorarme de visu... y ¡he ganado!



Huerfanito.

— El año pasado, murió mi padre, y hace dos semanas he enterrado á mi madre, ¿qué hacer?

— ¡Métase usted en la Inclusa!

Un viajero, al salir de Madrid, le dice al encargado del *sleeping*, dándole un duro:

— Voy á Mora la Nueva, pero como tengo el sueño muy pesado y soy muy perezoso, despiérteme aunque yo proteste. No haga caso de lo que le diga, y si es preciso póngame en el andén aunque sea á medio vestir.

El empleado le promete hacerlo así.

Pero, al llegar á Barcelona, el viajero,

que no ha sido despertado en Mora la Nueva, llama al encargado del *sleeping* y le arma una escandalera, en tanto que el empleado, moviendo la cabeza con desesperación, decía :

— ¡Dios mío! ¡Y yo que he puesto en el andén de Mora la Nueva, á otro viajero, en calzoncillos!...

* *

En la guerra de los Balkanes.

Un capitán entra con un compañía en una aldea medio abandonada y casi en ruinas. Con gran dificultad aloja á sus soldados, pero él no encuentra cama.

Por fin, en una casucha habitada por una vieja y un hijo, encuentra dos camas. El capitán, que está verdaderamente fatigado, se incanta de una de ellas y se acuesta, pero la vieja intenta hablarle, aunque en vano, porque el militar no quiere escucharla y la dice que hasta el día siguiente no quiere oír ni una mosca en toda la casa, apoyando la orden con un descomunal revólver amartillado.

El silencio se hace y el hombre duerme. Al día siguiente, ya repuesto y de buen humor, le dice á la vieja :

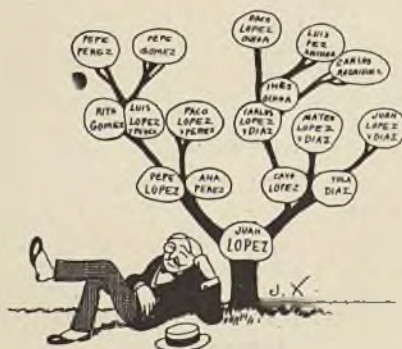
— Buena mujer, ahora puede usted decirme lo que quiera.

— Quería cambiarle las sábanas, porque había dormido mi hijo en la cama.

— ¡Bah! En campaña no hay que andar con remilgos.

— ¡Sí, pero tiene sarnazol!...

* *



El colino de la nobleza :

Dormir á la sombra de un árbol genealógico.

Los Hispano-Americanos en París



HOTEL LUTETIA *Boul. Raspail*

Han llegado:

Sr. y señora A. Helguero, de Barcelona; Sr. C. Vázquez y familia, de Buenos Aires; señora E. Sorroza, de Málaga; Sr. y señora F. Starrico, de Alicante.

HOTEL MAJESTIC *Place de l'Étoile*

Han llegado:

Sra. E. Cañas y familia, de Buenos Aires; señora Amoroso Lima y Sra. Hernady, de Berlín; marqués y marquesa de la Real Proclamación, de Cuba; Sr. y señora Carlos Mirón y familia, y Sr. y señora J. Victor Sánchez, del Perú.

Han salido:

Sr. y Sra. Antonio Luz, para Lisboa; Sr. y señora A. A. de Moraes Carvalho y familia; Sr. y señora Ernesto Seixas y familia; Sr. Pedro de Seixas Correa, para Vichy.

HOTEL CRILLON *Place de la Concorde*

Han llegado:

Sr. Dalmau Oliveres y marqués José Vila, de Barcelona; Sr. Francisco Camhó, de Madrid; Sr. y señora L. L. Torrance, de Los Angeles; Sr. Carlos Rapella López, Dr. Enrique Zarate y familia, y señora é hijos Fernando Pérez, de Buenos Aires.

HOTEL PLAZA *Avenue Montaigne*

Han llegado:

Doctor Ernesto Aguirre, de Buenos Aires; señora Rosa Coté, y señora C. Mott, de Nueva York; señora y señorita Typaldo Bassia, de Atenas; lord Caldon, de Londres.

HOTEL RÍTZ *Place Vendôme*

Han llegado:

Conde de Pisa, Sr. Brautle, conde y condesa de San Martino, y señora Bustos.

HOTEL INTERNATIONAL *Avenue d'Iéna*

Han llegado:

Sr. Zurth, del Brasil; Sr. Malley y familia, Sr. Lasseraz y familia, y Sr. y señorita Nellas, de Méjico.

HOTEL LOTTI *Rue Castiglione*

Han llegado:

Sr. y señora W. Watson; Sres. L. Moore; Sr. y señora C. M. Bain y familia; Sr. W. D. Japp; capitán y señora B. H. Warburton y familia; Sr. y señora W. R. Peterson; Sr. W. W. Laurence, señora Ermine Parbá.

HOTEL ASTORIA *Champs-Élysées*

Han llegado:

Sr. Vial, de Reims; Sr. Case, de la América del Norte; Sr. A. Antoniadis; Sr. Roberto Guzmán-Blanco, de Méjico. Sr. Eduard E. Brinkley; Sr. y señora J. Philips Brinkard; Sr. y señora Guilmo; Su Excelencia Sr. Casso; Sr. Stavro Stavro; general Essad Toptani; Sr. Victorio Treda.

HOTEL CARLTON

Han llegado:

Sr. Carlos Gibson, de Londres, y Sr. Tas, de Amsterdam.

HOTEL BRISTOL *Place Vendôme*

Han llegado:

Sr. y señora C. Deering; Sres. C. Goclet; Sr. y señora E. Baylies.

HOTEL LIVERPOOL

Han llegado:

Sr. y señora Bateman; Sr. y señora Creel y familia.

HOTEL POWERS *Avenue d'Antin*

Han llegado:

Señora Campero; señora Alkins; Sr. Humphrey; Sr. Laflingwell; Marsh; Sr. Stilet; Sr. Usgood.

HOTEL REGINA *Place Rivoli*

Han llegado:

Sr. Luis Eguiguren y familia, de Chile; Sr. Eduardo de la Cerda de Buenos Aires; Sr. Alfredo Elysiario da Silva y familia, de Río de Janeiro; Sr. Manoel de Espéqueira, de Lisboa; Sr. y señora Alfredo Fonseca, de Lisboa; Sr. R. Gallardo y familia y Sr. Antonio Martineck y familia, del Salvador; Sr. V. M. Marco del Pont, de Buenos Aires; Conde de Velle, de Madrid; Sr. José da Costa y familia, de Coimbra; Señora y señorita de Plaza, de S. Sebastián; Sr. Urrutia y familia, de Buenos Aires; Sr. Pedro de Regis, de Méjico; Sr. Kidd, y Sr. E. Kinkelin, de Buenos Aires.

EL GRAN MUNDO

♦ ♦ ♦

Casa Hispano-Americana en París.

En la residencia del Sr. de Miero, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Uruguay en París, y convocados por el Sr. R. L. Lomba, cónsul general del Uruguay, tuvo lugar el miércoles, 1.º de julio, á las cuatro de la tarde, una reunión para tratar de la creación de la « Casa de América en París ».

La iniciativa de este magna proyecto corresponde al digno cónsul general del Uruguay Sr. R. L. Lomba.

Asistieron á esta reunión previa, el Sr. don Francisco Milóns, encargado de Negocios del Uruguay, don José M. Lardizábal, encargado de Negocios de Guatemala, don Luis Ballvian, cónsul general y secretario de la Legación de Bolivia, el doctor Pector, cónsul general de Honduras, don R. L. Lomba, cónsul general del Uruguay, el doctor don Francisco Cobas, presidente de la Asociación Española á Hispano-Americana y de la Unión Latina, los correspondientes de *La Prensa* y *La Nación* de Buenos Aires Sres. Cazam y Piqué, Grundy, del periódico *New-York Sun*; La Torre, y nuestro redactor Sr. Joaquín de Rueda.

Enviaron su adhesión el embajador de Los Estados Unidos, los ministros de Méjico, San Salvador y Cuba; el cónsul general de Nicaragua, don Augusto J. Coelho, don Pedro S. Lamas y otros varios, cuyo nombre no recordamos.

Después de una breve discusión y en vista de encontrarse ausentes algunos ministros de las Repúblicas Americanas, se acordó que el Sr. Lomba convocara nuevamente á los mismos señores, á fin de constituir un comité permanente, que se ocupe de llevar á cabo esta simpática obra.

La mayoría de los presentes era partidaria de que la entidad lleve el nombre de « Casa de España y América ». De desear es que en breve plazo sea un hecho este proyecto, que tanto beneficiaria á España y á las Naciones Americanas.

♦ ♦ ♦ ♦ ♦

Ha llegado á París una representación de la Sociedad Astronómica de Barcelona, compuesta por don Manuel Font y Torné, don Salvador Raurich, don Luis Llagostera, don A. J. de Montellá y don Juan Guardia, individuos de la Junta directiva, con objeto de asistir al Congreso de Sociedades Astronómicas organizado por la Sociedad Astronómica de Francia, fundada por M. Flammarion. Acompañan á dichos señores algunos individuos de la referida Sociedad.

La Ilustre Sociedad Francesa ha invitado á los expedicionarios á asistir á la Fiesta del Sol que se celebrará en la Torre Fillet con motivo del solsticio de verano, y además á visitar los observatorios de París, Meudon, instalaciones radiotelegráficas de la Torre Fillet, servicio horario, meteorológico, etc. La popular Sociedad barcelonesa ha recibido expresa invitación de M. Flammarion para visitar su observatorio de Juvisy.

♦ ♦ ♦ ♦ ♦

Alcanzó grandes proporciones el banquete dado en Buenos Aires en obsequio al Sr. Eugenio Garzón.

La mesa se hallaba artísticamente adornada con crisantemos y helechos.

Al destaparse del champagne hizo uso de la palabra, ofreciendo el banquete, el doctor Antonio F. Piñero. Contestóle el obsequiado con elocuentes frases. Habló después el Sr. José M. Llober.

Fueron comensales, los señores:

Diego de Alvear, Belisario Roldán, Luis Güemes, Eliseo V. Segura, Norberto Piñero, Carlos Salas, Francisco J. Weasley, Manuel Lainez, José M. Escalier, Ricardo Bosch, Héctor Cobo, Gregorio F. Rodríguez, José Pacheco Anchorena, Antonio Cáceres, Antonio Dellepiane, L. Gowland, César González Segura, D. Decoud, Juan Esteban de Anchorena, Miguel S. Ortiz, Tomás B. Cullen, Norberto Quirno Costa, Adolfo Saldías, Benito Villanueva, Elendoro Lohas, Arturo Z. Paz, Carlos M. Madero, J. Marchain, Antonio Leloir, Emilio de Anchorena, Carlos Urzúa, Luis María Rodríguez Pividal, C. Blaquier, Alfonso Macceras, J. Pantero, Arturo Prins, Juan Carlos Mendoza, Marcelo T. de Alvear, Angel Gallardo, Adolfo J. Pueyredón, Ricardo Olivera, Armando Tombeur, Nicolás Granada, M. Elias Ronne-maison, E. J. Frias, T. Le Breton, Miguel Rodríguez Pividal, Enrique de Moreno, Julián Martínez, Pascual Costa, A. Gollerini, Manuel Ugarte, Juan Pablo Echagüe, Luis Blaquier, Adolfo Blaquier, Enrique de Anchorena, Carlos Becú, Carlos Salas, Guillermo Padilla, Carlos F. Suárez, Carlos T. de Alvear, Antonio Durán, Paul Grousse, Adolfo Saldías, doctor Zorrillo, Camilo Villagra, Bernardino Acosta, José M. Llober, Juan Cassio, Julián Lynch, Adolfo F. Orma, Antonio F. Piñero, Ezequiel Ramos Mejía, Fermín Moyano, Diógenes de Urquiza, Eduardo L. Bidau, Alejandro Madero, Manuel Mujica Varías, Manuel Quintana, Bernabé Artayeta Castex, Marcos L. Agrela, Julio García, Enrique Ferrero, Benjamin García, Victorica, Angel de Estrada (hijo), Adolfo Güemes y otros.

♦ ♦ ♦ ♦ ♦

Capítulo de bodas en Buenos Aires:

Se ha fijado para el 17 de julio próximo el enlace de la Srta. Alina Frers, con el ingeniero Sr. Tomás Amadeo.

Actuarán como padrinos la Sra. Sofía Lynch de Frers y el Sr. Octavio Amadeo.

Bendecirá la unión el presbítero Antonio Frias.

— Se anuncia para fin de año el enlace de la Srta. Amalia Muñoz con el doctor César Viale.

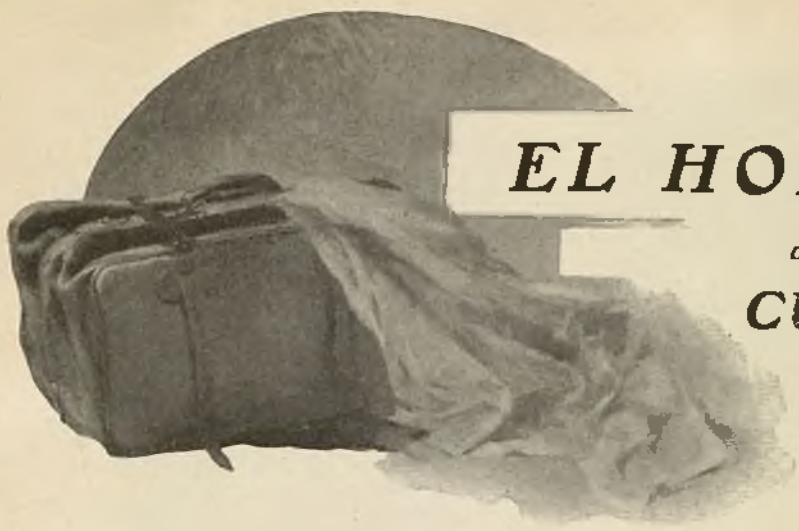
— En el templo de San Nicolás de Bari, fué consagrado el enlace de la Srta. Josefina Vieyra con el Sr. José Gardey.

Fueron padrinos la Sra. Mercedes Bustamente de Mayer y el Sr. José Mayer.

— Se ha concertado el enlace de la Srta. Ana María Callan con el Sr. José Francisco Bollini.

— Se han concertado los siguientes enlaces:

De la Srta. Celina Davison con el doctor Alberto S. Orfila; de la Srta. María Enriqueta Ortiz de Rozas con D. Andrés Escurre; de la Srta. Clotilde Gurina con el ingeniero Enstaquio E. Hallestey; de la Srta. Odilia Barré con el Sr. Oscar Irigoyen Berges; de la Srta. Georgina Coll con el doctor Luis M. Echavarría; de la Srta. Josefina Colombo con el doctor José Sabelli.



EL HOMBRE

de los dos CUERPOS

por
J. MEIRS

Traducción
de
Ladislao BOLSKI

Mi primera intención fué de no contestarle; pero las palabras brotaron de mi boca contra mi voluntad. Fué el instinto de conservación el que me hizo hablar.

— No tienes más que contestar á mis preguntas — dijo.

— Y me matará después en vez de hacerlo antes, y yo habré traicionado á mis amigos sin honra ni provecho.

— Eres menos tonto de lo que aparentas — me dijo; — pero, ¿qué quieres?, no tengo otro medio de inspirarte confianza.

Permaneció indeciso unos momentos. Después sin mirarme, continuó su odiosa tarea.

Creí que todo aquello era una farsa y que luego de colocar dos ó tres filas más de ladrillos, me haría nuevas proposiciones; pero no ocurrió así, y el hombre continuó su trabajo.

A la sazón apenas le veía, y sólo de vez en cuando aparecía su cabeza y sus manos que trabajaban tranquilamente.

Aunque procuré pensar en otra cosa, no pude menos de hacer el cálculo de los ladrillos que faltaban para que yo quedara definitivamente encerrado.

¿Qué hora sería? Ya debía ser de día y Tharps no tardaría en venir á mi auxilio.

Ya no faltaba más que una fila de ladrillos. La obscuridad era casi completa en la pequeña habitación que iba á ser mi tumba.

Apareció el primer ladrillo de la última fila y vi dos manos huesudas que lo colocaron bien en su sitio.

Le sucedió otro, y otro después.

Ya no quedaba más que un pequeñísimo espacio por donde se veía aún un resplandor rojo.

¡Jamás creí que un ladrillo fuese tan pequeño!

Por fin apareció.

Fué el más difícil de colocar y estuvo á

punto de caer en el interior de mi tumba.
... ¡Quedó colocado!

VI

Macabro descubrimiento

— El dueño de eso no tiene prisa — dijo el mozo de equipajes designando en un rincón de la consigna una gran maleta.

— Y que debe tener algo dentro. Por lo menos no es chica.

— Y pesa de veras. Yo fui quien la cogió de la carreta en que la trajeron.

Los dos hombres cambiaron una estúpida sonrisa, como dando fin al diálogo; pero permanecieron allí, en pie, uno frente á otro.

— ¿En qué piensas, Letourneux? — preguntó el que había hablado en segundo término.

— En esa maleta. Me preocupa.

— ¡Bah! No seas idiota. Vamos á echar un trago, que ahora me toca á mí.

Letourneux se dejó convencer y luego de mirar á uno y otro lado para asegurarse de que no se notaría su momentánea ausencia, salió con su amigo Longuet.

Pero no le alegró el vaso que bebió en la taberna, lo que no pasó inadvertido para Longuet.

— ¿Te sigue preocupando la maleta?

— Sí.

El otro se encogió de hombros, pero al salir de la taberna preguntó:

— Y ¿por qué te preocupa?

— No lo sé; pero... me da mala espina.

Longuet se preguntó si su colega Letourneux estaba loco.

Este bajó la cabeza con aspecto meditativo y con voz apenas perceptible murmuró:

— Además... además... despierta un olor...

— ¿Un olor?

— Sí.

Longuet quiso reírse, pero su risa sonaba á falso y miró de reojo á su amigo, que iba á su lado como un condenado á muerte que se dirige al suplicio.

Varios años llevaban ambos empleados en la estación de Dieppe, y hacia cuatro que se conocían, profesándose esa estimación que se tienen las personas á quienes el trabajo diario pone en contacto varias horas al día y cuyas ocupaciones idénticas y molestias comunes unen más.

Obscurecióse un poco el buen humor de Longuet. Seguramente le pasaba algo á Letourneux, á quien nunca había visto tan preocupado, y no podía comprender que una maleta á la que tardaba en ir á recoger su propietario fuese la única causa de su tristeza.

Hacia cuatro ó cinco días que vió la maleta en un rincón, en el que se acumulaba el polvo de aquel lugar malsano; pero no le prestó atención alguna. Sin embargo, la actitud de su compañero le inspiraba gran curiosidad.

— ¿Y quien ha traído eso?

— Un recadero.

— ¿Le conoces?

— No; pero aunque le conociera no sería precisamente él quien nos dijese lo que hay dentro.

— Eso no te importa.

— Desde luego; pero el olor...

— ¡Ya empiezas tú á cargarme con ese dichoso olor! Puede que haya perfumes...

Letourneux lanzó á su interlocutor una mirada estúpida. La hipótesis de que la maleta contuviese perfumes le parecía extraordinaria, y trastornaba completamente el estrecho concepto que tenía del probable contenido del bulto misterioso.

— ¡Perfumes! — repitió lentamente, sin saber qué decir. — ¡Perfumes!...

Estimó tan extraño que se pudiera suponer que el olor de que hablaba era de perfumes que agregó:

— Los perfumes huelen bien.

— Naturalmente.

— ¿Entonces?

Letourneux movió la cabeza estúpidamente, obsesionado por el problema que, hacia cuarenta y ocho horas procuraba resolver.

Longuet se impacientó.

— Entonces... ¿qué? ¿Hiede la maleta? — preguntó.

Letourneux, aproximándose á su colega le dijo al oído con voz apagada.

— Huele... á muerto.

Longuet se puso intensamente pálido y, luego de reflexionar un momento, dijo:

— Hay que darle cuenta al comisario.

— Mejor sería que... que olieras tú antes, no sea que yo esté equivocado.

Longuet, como si se inclinara á un precipicio, alargó las narices y olió.

— Sí — dijo, — yo creo que sí. Hay que decidirse.

A la vez comenzaron á andar, pero al llegar á la puerta del despacho del comisario se detuvieron. Ninguno se atrevía á pasar primero.

Una misma decisión los empujó á entrar los dos á la vez.

— ¿Qué desean ustedes? — preguntó el comisario.

Ambos mozos se miraron.

— Era Letourneux... — dijo Longuet.

El aludido explicó al comisario sus sospechas. Éste se extrañó de que no hubieran reclamado la maleta, pero sonrió cuando los mozos hablaron del olor que despedía.

Sin embargo, se levantó y, llamando al agente, le dió una orden.

Letourneux y Longuet salieron tras él.

Dos minutos más tarde estaba la maleta en la comisaría central.

Cuando el cerrajero, requerido para que la abriera, cumplió su cometido, todos los presentes se retiraron horrorizados.

Pasada la primera emoción, el médico forense que asistía á la operación reconoció el cadáver de una mujer, plegado en tres partes, con las piernas dobladas sobre los muslos y el torso inclinado.

Auxiliado por dos agentes, colocó el cadáver de la maleta sobre una mesa, para extenderlo; pero no fué posible porque los músculos estaban rígidos y las articulaciones se negaron á toda tentativa de hacerlas jugar, así es que renunciaron á colocar el cadáver en la posición normal.

El juez de instrucción deploró que se hubiera tardado tanto en descubrir la macabra maleta.

El criminal, autor de tan incalificable asesinato, parecía haber tomado todas las precauciones necesarias para despistar á la policía y hacer infructuosas todas las investigaciones.

El hecho de haber mandado la maleta á la consigna con un recadero demostraba que — como no había venido por ferrocarril — debía pertenecer á algún habitante de la ciudad, y el estado del cadáver hacía casi imposible toda identificación.

La información policiaca dió á conocer al recadero que llevó la maleta á la consigna. Interrogado dió las señas del individuo que le hizo aquel encargo; pero tales señas debían de ser falsas, porque el autor del crimen seguramente iba disfrazado con postizos á fin de que no se le reconociera, como quedó demostrado por la declaración de un empleado de la estación, el cual, presentándose espontáneamente al comisario, dijo que había visto



— á la llegada del expreso de Paris, varios días antes — á un viajero con dos enormes maletas.

A petición suya le ayudó á bajarlas, instalándolas en un coche de alquiler.

El empleado reconoció la maleta; pero las señas que dió del viajero eran completamente distintas de las que facilitó el recadero, de modo que el misterioso viajero debió modificar su fisonomía y su traje.

En el mismo día declararon el cochero que le condujo al hotel y el dueño de

éste, pero sus manifestaciones no revelaron nada de particular, porque el viajero marchó al día siguiente.

El recadero dijo que el sospechoso individuo le había pagado por adelantado, encargándole que le llevara el boletín de la consigna al hotel, á donde dijo que volvería á fin de la semana, manifestando que era viajante de comercio y que no necesitaba las muestras que iban en la maleta para el pequeño viaje de propaganda que iba á hacer.

El camarero del hotel que sirvió al viajero, confirmó las manifestaciones de su

jefe; pero añadió que, al llegar los periódicos de París le había mandado á comprar una media docena y que los leyó rápidamente.

Dijo cuáles eran los periódicos, todos los cuales están acreditados por la rapidez y seguridad de sus informaciones y, á una pregunta del magistrado, el mozo del hotel respondió que el viajero, una vez leídos los diarios, los dobló cuidadosamente y se los llevó consigo.

El único dato importante que quedaba demostrado es que el viajero procedía de París, así es que el juez telegrafió á su compañero parisiense dándole cuenta de sus trabajos.

El juzgado de París opinó que aquel asunto estaba relacionado con la muerte de Oscar Molinet, puesto que varios testigos manifestaron que la maleta que apareció en la consigna de Dieppe era la misma que el corredor en joyas llevaba á la estación del Norte de París.

En su consecuencia, el juez de París se encargó del asunto ordenando que se trasladara á la capital el cadáver de la desconocida.

La autopsia estableció que el crimen se había cometido la víspera ó el mismo día de la muerte de Molinet.

Era posible que el asesinato se hubiera perpetrado en la casa misma del corredor; pero el problema á resolver continuaba siendo cómo Molinet pudo llegar á la estación del Norte á la misma hora en que su cadáver yacía en su casa.

VII

Criminales de ultratumba

— La herida es insignificante y estará cerrada dentro de unos días. Lo que más preocupa es la sacudida cerebral. Todo depende de la disposición en que le encontremos cuando despierte.

Oí estas palabras confusamente, como lejanas, y me pareció conocer la voz de William Tharps.

¿De quién y de qué hablaba?

No lo sabía.

Creí que vivía en un sueño, tanto más cuanto que fue la voz de Asselin la que respondió á mi ilustre amigo.

Hice un movimiento que atrajo á los dos policías á la cabecera de mi cama.

— Vamos Lynham — dijo alegremente el célebre « detective » — ¡ánimo!

Le miré con cierto asombro, sin comprender bien lo que quería decir, mientras me felicitaba Asselin.

El decorado de la habitación estimuló mi memoria y, como ocurre con frecuencia, lo recordé todo de repente.

Como si hubiera visto una proyección

sobre la pantalla de un cinematógrafo, se desarrollaron en mi cerebro todas las escenas ocurridas desde que dejé á William Tharps en la taberna de Aldgate-Street hasta que perdí el conocimiento en la tumba que me había preparado el « capitán ».

— ¿Cómo se las ha arreglado usted? — pregunté.

Mi ilustre amigo comprendió el sentido de mi pregunta.

— Ya se lo diré después. Ahora descanse tranquilamente, mientras yo conferencio con Asselin.

— Estoy bien; me encuentro bien — dije — y quiero que explique usted en seguida cómo me ha sacado de mi tumba... y que me dé de beber porque me devora la sed.

El mismo me preparó un vaso de agua azucarada, en el que hecho un poco de coñac. Me lo bebi de un trago.

William Tharps, haciendo una seña á Asselin para que se sentara, dijo:

— Mentiría si le dijera que yo sólo le he libertado. La verdad me obliga á manifestarle que sólo he tomado en ello una parte secundaria y que el mérito corresponde casi por completo...

— ¿A quién? — exclamé interrumpiendo.

— A nuestro vecino y amigo.

— ¿Walter Shaw?

— El mismo.

William Tharps rió de bonísima gana al ver el asombro que se pintó en mi rostro.

— Desde que lo conocí, adiviné lo útil que podía sernos ese joven — dijo mi amigo.

— Sin embargo, no tenía usted mucha confianza en él al principio.

— No le conocía bien y podía equivocarme.

— ¿Y ahora?

— Ahora... ya sé á qué atenerme.

— ¿Cuál fué su papel?

— Descubrir el sitio en que estaba usted emparedado. ¿Qué medios empleó? Creo conocerlos y acaso de los explique más tarde.

Guardó silencio un instante, mirándose con fijeza.

— Walter Shaw no ha querido decirme nada, pero le conozco en el fondo y sé que es un muchacho hábil, muy hábil, muy hábil.

Los elogios que Tharps hacía de nuestro vecino me causaban un verdadero placer. Walter Shaw me fué simpático desde el primer momento y, á la sazón, era mi salvador.

— Uno y otro — continuó el famoso policía — estábamos muy intranquilos al ver que no regresaba usted y salimos de

la taberna á la una de la madrugada, presas de gran inquietud. Inmediatamente fui al hotel, donde me dijeron que no había vuelto usted.

» El resto de la noche y parte de la mañana le buscamos inútilmente, y entonces envié á Shaw á Scotland-Yard, con una tarjeta mia para facilitarle sus investigaciones, mientras yo trabajaba por otra parte.

» Era cerca de medio día cuando nuestro amigo vino á buscarme.

— » Creo tener una buena pista — me dijo con gran satisfacción.

» Y me designó una casa próxima á la taberna de Aldgate-Street, adonde nos dirigimos. Gracias á las indicaciones de Shaw nos fué fácil capturar al dueño del depósito, que forma la prolongación de dicha casa, y no dudamos de la suerte que había corrido usted cuando vimos en poder de aquel miserable su propio « Webley ».

» No le detallo las injurias que nos prodigó el bandido, para llegar al punto interesante de mi relato.

» Sinceramente le digo que le creí muerto. Una minuciosa inspección nos convenció bien pronto de que no estaba usted prisionero en ninguna parte de la casa.

» Registramos las dependencias y, al ver un sitio en que la tierra estaba removida y un cubo con cal, adquirí la certeza de que allí le habían enterrado, habiendo recubierto su cadáver con cal viva para evitar una rápida descomposición, cuyo olor hubiese llamado la atención á las personas que pasaran por allí.

» Abrimos la fosa, exhumando el cadáver de un hombre que llevaba un brazo postizo y en quien reconocí inmediatamente á mi visitante de la otra noche.

» Renuncio á describirle la impresión que produjo á Walter Shaw la presencia del cadáver. Creí que iba á desmayarse, pero no tardó en reponerse y me ayudó á desenterrar un poco más lejos el cadáver de otro hombre.

» Entonces comprendí que ya no quedaban más muertos allí y me preguntaba donde le habrían enterrado á usted, cuando me acordé del cubo con cal y, observando que ninguno de los dos cuerpos estaba embadurnado, empecé á pensar para qué había servido la cal; pero adiviné la infamia y...

(Se continuará)



Páginas Humorísticas

• • •

LA QUINCENA PARISIENSE

REVUELO político... apertura de Cámaras... visitas municipales... bailes rusos... fiestas y la Primavera que asoma. Verdaderamente, la vida de París ha sido en estos últimos tiempos más agitada que una cacerola en día de banquete.

Afortunadamente, todo pasa, como ocurrirá con las actuales modas femeninas, con las que las mujeres parecen estudiantes búlgaros ó jueces circasianos, y una vez entrados en la normalidad, hemos podido dedicarnos, tranquilamente, á saborear las delicias del buen tiempo. ¡Con qué gusto lo soberearán también los señores de las 15.000 del ala y hasta de la cola!

Ser diputado y cobrar por decirle unas cuantas picardías á los ministros, ¿verdad que ese es un placer superior al de saborear un pastelillo de crema? Yo no sé como en España discuten si deben concedérseles ó no, dietas á los diputados. Si, hombre, si; y regalarles por docenas calcetines calados, porque dar *guita* á un representante de la nación y ayudarle á que vista bien, es una de las cosas que más contribuirá al resplandor y brillo de la patria.

Y si les parece á ustedes demasiado lo del brillo, pongan mate, y á otra cosa.

Aquí, en Francia, tampoco se usa, pero toda nación bien organizada debería cuidarse del guardarropa de sus representantes y confeccionarles ropita por decreto.

— ¿Usted qué ideas sustenta?

— Completamente radicales.

— Pues le corresponde pantalón á rayas, chaleco gris de puntas abiertas y chaquet.

El representante se vería de este modo atendido y podría ir por todas partes luciendo ternos preciosos que, además de haberle salido por una friolera, le atraerían la consideración del prójimo.

— ¡Caray, qué *smoking* más divinamente cortado!

— ¡Eres de la comisión! Los que sustentamos ideas moderadas sabemos usar esta prenda á diario.

— ¿De modo que no va usted á ninguna casa de cumplido?

— ¡Ca! Voy al café, donde tengo una partida de *manille* todas las noches, pero en cuanto llego allí me quito el *smoking*, me lo guardan en la cocina y yo paso la noche con una chaqueta que me presta el gerente.

Este porvenir tan risueño, no llega todavía, pero no importa; el cargo de diputado es, de todos modos, bastante atraente por otros estilos.

Desde luego, en toda casa en que se estiman los dueños en algo, deben figurar entre sus relaciones dos ó tres diputados, y si es posible uno de ellos con cargo en la mesa presidencial, mejor.

— Delune, le esperamos á usted para comer mañana.

— Imposible, señora. Le sacan dos colmillos á mi mamá política, y está la pobre tan acostumbrada á atormentarme cuando experimenta algún dolor, que si no me tiene mañana á mano, durante la operación, para tirarme del pelo, sería capaz de renunciar á la extracción.

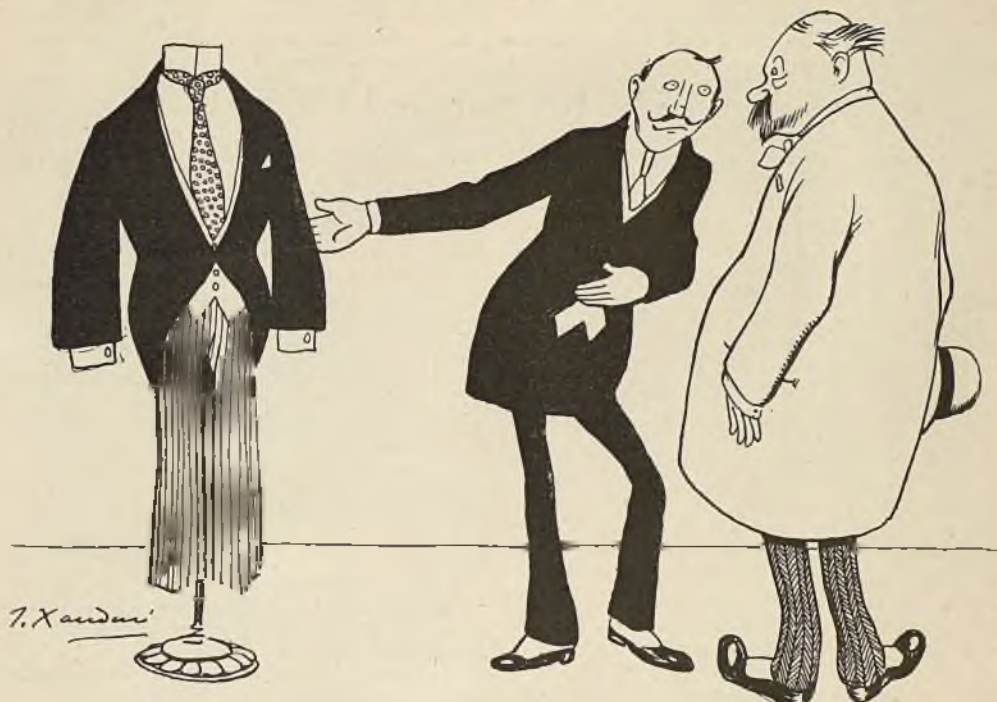
— ¡Ah! pues no hay más remedio. Tenemos invitados á unos señores de Poitiers, y la presencia de usted les demostraría que estamos bien relacionados con el mundo de la política.

— Pues que coman otro día.

— ¡Pues que se aguante su mamá política de usted veinticuatro horas más con los colmillos!

¿Quién renuncia á que el diputado se siente á la mesa? Por eso, el representante de la nación no tiene más remedio que obtener de la suegra el aplazamiento del asunto, que pudiéramos llamar



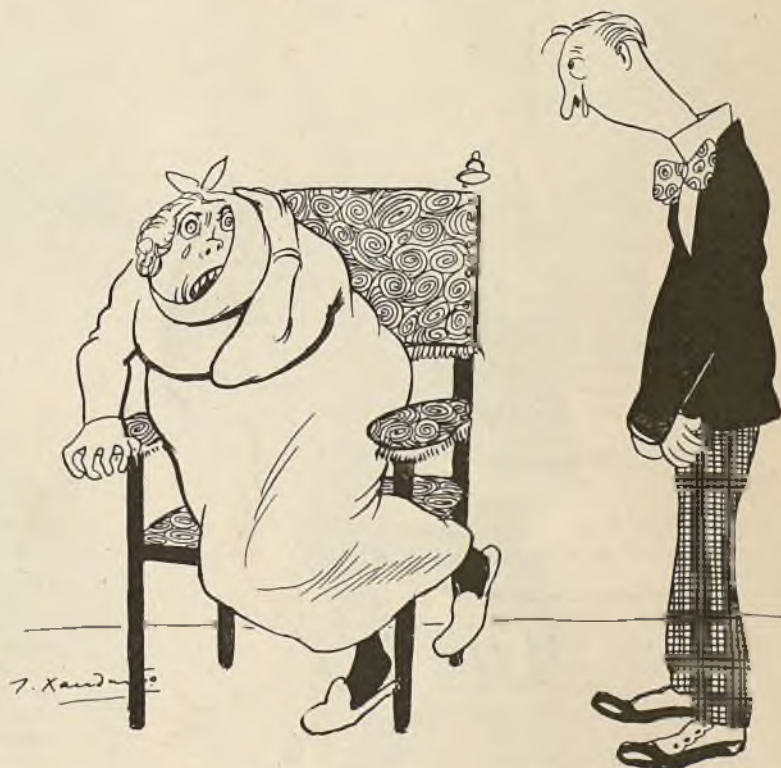


« colmillar » y presentase ufano y sonriente ante los señores de Poitiers. Un diputado es, actualmente, muy decorativo.

*
* * *

Esta misma fiebre de agitación y de diversiones, hace que apenas tengamos, en esta época, tiempo ni para rascarnos una paletilla, si queremos acudir á todas partes donde se reunen más de diez y siete personas con ánimo de decretar que la vida es una *bagatelle* y hay que pasarla, por lo tanto, lo más alegremente posible.

Por lo pronto, toda asociación, aunque esta sea más reducida que un cuarto interior, organiza su Gala correspondiente, y el anuncio pomposo de



que van á reunirse los más célebres artistas de París nos obliga á ir á todas estas diversiones.

«Orfelinato de jóvenes farmacéuticos. — 210 artistas, 400 voces, 80 tangos, mil músicas. En los intermedios, un eminente político hará juegos de manos y predecirá la suerte á los espectadores.»

Ante tan llamativo programa todos los hombres y mujeres de buen humor acuden, pensando que por unos cuantos francos van á pasar la noche más divertida de toda su existencia.

— Yo, ¿sabe usted?, vengo porque me interesan de un modo horrible esos pobres mártires de las pildoras y el jarabe. ¿Sabe usted si por fin toma parte en el festival la bella Serrana?

El decir que se acude á semejantes representaciones con miras altruistas y pensando únicamente que se libra de la escarlatina á seres desgraciados, es una hipocresía mayor que los Inválidos. Pero la gente es así. Hay quien se pasa la vida bailando el tango argentino porque le gusta más que la merluza con salsa, y en cuanto alguien le sorprende, se tapa con la pantalla de la caridad.

— No crea usted, estoy con un disgusto horrible, porque estas danzas no son para mi carácter, pero se trata de un tango organizado á favor de una viuda, por la

sociedad de repartidores de tarros de leche, y no he querido dejar de venir en socorro de su desventura.

Al decir esto, el espectador caritativo se enjuga el sudor, porque él será más bienhechor que un paraguas en día del lluvia, pero se está dando un atracón de tango y de machicha, que no parece que lo hace no ya en provecho de una sola viuda, sino de todas las que han quedado así, después de la guerra de los Balkanes.

Reconozcamos, también, que es la época, y que las funciones benéficas son otro sintoma de la actual estación. La caridad, que pudiéramos llamar artístico-teatral, se desarrolla más en llegando el buen tiempo.

Y ahora, á esperar los calores. Esto es, según parece, una de las cosas que figuran en el programa del nuevo gobierno francés.

Á otra cita podía faltar, pero á esta, ¡qué caramba!, ó se acaba el mundo ó antes de dos días sudamos todos por el cogote.

Y el gobierno continuará tan fresquito.

A. R. BONNAT.

París.



Actualidades Deportivas



La gran prueba ciclista anual de la « Vuelta a Francia ». Retrato de Thys, el vencedor.



Lantenschbager, alemán, que ha ganado este año el « circuito de Lyon », gran premio del Automóvil Club de Francia.



Houllier, que ha ganado el Gran Premio de París ciclista, al que asistió Monsieur Poincaré



Sociedades gimnásticas en el Parc des Princes.



El popular aviador Leguigneux, que acaba de matarse al intentar el « Looping the Loop ».



La famosa yegua « Sardanápalo », del barón Mouricio de Rothschild, que ha ganado el Gran Premio de París y del Presidente de la República.



El Sr. F. Lohata, del Club Fortuna, de S. Sebastián, que ganó el primer premio en el concurso de natación organizado por el periódico « L'Auto » y la Liga Nacional de Natación de Francia. El tiempo de 6 kilómetros, lo efectuó en una hora y 32 minutos.

GIROUX,

ÓPTICA-MÉDICA

33, Boul. Haussman
19, Rue de l'Odéon

Miembro de la Cámara del Comercio de España

**EJECUTA RÁPIDA Y CUIDADOSAMENTE LAS
RECETAS DE LOS DOCTORES-OCULISTAS**

Gemelos de todas las marcas - Espejos de mano artístico

POUR
ÉCLAIRER
PARFUMER

INHALER
ASSAINIR
DÉSINFECTER



Téléphone 54

Exente parcell
chez MONTREUIL FILS installé
79 Rue Turbigo PARIS

LA VEILLEUSE D'ISIS

Veilleuse d'Art

ELECTRIQUE & À 5 USAGES

BREVETÉE
FRANCE & ÉTRANGER
MARQUE DÉPOSÉE

NOTICE
FRANCO SUR DEMANDE



Acaba de publicarse

A. MUÑOZ PÉREZ

A
**Través
de
Paris**

Precio : UN franco

CUPON-PRIMA

Devolviendo este cupon con 2 pesetas (40 centavos oro) en sellos, a la Perfumería E. COUDRAY 18, rue d'Engliem, Paris, esta importante casa hará, como propaganda, un envío conteniendo:

Seis frasquitos perfumes de lujo y cinco exquisitos saquitos muy perfumados.

REVISTA GRÁFICA

